



ALAR BENET

EL DELATOR





San Bernardo, 28 MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE, por Alf Manz (4.ª edición.)
2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz (3.ª edición.)
3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (3.ª edición.)
4.—EL COBARDE, por Alf Manz (2.ª edición.)
5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair
6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny.
10.—LA REDADA, por O. C. Tavin.
11.—SHANGHAI, por Alf Manz.
12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
13.—¡SANGRE!, por Frank C. McFair.
14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alas Benet.
15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy.
17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin.
18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter.
20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz.

En preparación:

ARMONIAS DE MUERTE.
DESTINOS CRUZADOS.
PERSECUCION.

*«Cada niño, al nacer, nos trae
el mensaje de que Dios no ha
perdido todavía la esperanza en
los hombres.»*

RABINDRANATH TAGORE

I



N el cruce de la calle de Monroe y Dearborn en Chicago, álzase el magnífico edificio del First National Bank, el más importante establecimiento bancario de la ciudad. Eran las doce de la mañana y el sol lucía esplendoroso en las anchas aceras de las avenidas, festoneadas de árboles y de bien cuidados jardines.

La sala donde el público realizaba sus operaciones comerciales estaba concurridísima y los dependientes, desde las numerosas ventanillas, esforzábanse en complacer, con la máxima rapidez posible, las demandas de sus numerosos clientes. Varios ordenanzas, correctísimamente ataviados de gris, informaban a los que iban entrando en el local sobre la ventanilla más a propósito para sus gestiones.

—¿Caja, por favor? Es para hacer un importante ingreso — preguntaron dos caballeros que llevaban en sus manos otras tantas grandes carteras.

—Ventanillas veinte, veintiuna y veintidós —replicó cortés el empleado.

—Gracias.

Los dos hombres, de anchas espaldas, con decidido paso, atravesaron parte del gran salón, llegando al lugar deseado. Allí, tras de esperar breves segundos a que depositara su dinero una señora de avanzada edad, uno de ellos asomó su cabeza por la ventanilla, introduciendo al propio tiempo el brazo derecho, armado con una imponente «Germán Luger».

—Ponga al alcance de mi mano todos los dólares que tenga. Al menor gesto disparo.

El cajero, sorprendido, obedeció, y aquellos sujetos fueron metiendo grandes fajos de billetes en la cartera, mientras otros individuos amenazaban, con las manos en los bolsillos de las americanas, a los que, por hallarse cerca del lugar del suceso, se habían dado cuenta del atraco, que se realizaba sin ruido y con extraordinario disimulo, hasta el extremo que unos metros más allá se trabajaba normalmente en las ventanillas de pago a cuentacorrentistas, establecidos por orden alfabético.

Los dos cajeros, que ocupaban departamentos inmediatos, estaban siendo amenazados también, mientras se les desvalijaba con toda tranquilidad. Los funcionarios, lívidos, no quitaban ojo de las armas, seguros de que cualquier movimiento era tanto como una sentencia de muerte.

Varias carteras habían sido llenas sin que se sembrara la alarma, pero un hecho imprevisto obligó a los «gangsters» al uso de la violencia.

La entrada a una de las cabinas de las cajas se abrió, apareciendo en ella una señorita, que no llegó a penetrar, pues, al ver lo que estaba sucediendo, dio un grito espantoso, seguido de un disparo, que la ensangrentó el blanco vestido. Inmediatamente sonaron unos timbres. Haciendo fuego, los asaltantes se retiraron hacia la puerta de acero, cuyas dos hojas comenzaban a cerrarse automáticamente.

Uno de los detectives de servicio en el First National Bank sacó

una «Browning», pero no llegó a hacer uso de ella, porque una bala le tendió sin vida en el suelo.

Gritaba la gente aterrorizada, mientras los malhechores, en número de siete, iban pasando ante sus ojos sin dejar de disparar en todas las direcciones.

Consiguieron salir cinco «gangsters». El sexto lo hizo por un espacio inverosímil, pues las puertas estaban tan unidas ya, que apenas si permitían el paso de un hombre. El último que quedaba se encajó en ella, en un desesperado intento de fuga, sin poder evadirse, y las dos planchas de acero lo trituraron en unos segundos, entre un espantoso crujido de huesos rotos. El hombre, dio un aullido escalofriante, infrahumano.

Fuera, los forajidos se metieron en dos negros automóviles que tenían el motor en marcha; mas, antes de que pudieran huir, desde los laterales y la acera de enfrente, varias ametralladoras comenzaron a trepidar, y cuatro «gangsters» se doblaron extrañamente dentro de los vehículos, mientras los cristales saltaban en todas las direcciones.

El primero de los dos coches pudo arrancar con dos de sus tres ocupantes muertos, entre ellos el conductor, gracias a la serenidad de uno de los hombres, que pisó a fondo el acelerador, seguido muy de cerca por un coche de la Patrulla Móvil de la Policía, pero el otro, acribillados los neumáticos a balazos, apenas si pudo recorrer unos metros. Un «gángster» se defendió desde dentro unos segundos, manejando una «Thompson», pero en su pecho apareció, de pronto, una cinta escarlata producida por una certera ráfaga de ametralladora.

Dos hombres, con las pistolas humeantes se apearon de un automóvil de la Policía. El primero dijo:

—Recibimos el aviso a tiempo, inspector. Unos segundos más y hubiéramos llegado tarde.

—Sí, teniente; pero no olvide que uno de ellos ha conseguido huir.

—Caerá también. Le siguen mis mejores hombres.

Y así debía ser, porque el coche de la Patrulla Móvil, haciendo sonar las sirenas, no perdía la pista del negro «Studebaker», donde un individuo, con los ojos fijos en las calles por las que atravesaba, hacía esfuerzos inauditos por aumentar la distancia. La carrera era

suicida y por dos veces el «gángster» estuvo a punto de estrellarse, evitándolo merced a un gran dominio de los nervios y a una extraordinaria pericia en el manejo del volante. El brazo derecho dolíale a la altura del hombro. Si no lograba despegarse pronto de las fuerzas de la ley podía considerarse perdido.

Mascullando un juramento, el herido sorteó un autobús, entre un chirrido de frenos, penetrando en la parte comercial de la ciudad para, doblando un recodo, parar bruscamente el coche, internándose rápido entre el numeroso público que circulaba por West 47 th Street. Los agentes, dándose cuenta de la estratagema, apeáronse también, corriendo por las aceras con las armas empuñadas.

El «gángster» volvió dos veces la cabeza, distinguiendo a lo lejos un policía que le había divisado. En ese momento llegaba junto al canal de Illinois y Michigan, por el que circulaban varios buques de casco cilíndrico. Sin pensarlo un segundo, se lanzó sobre uno de ellos, anclado, escondiéndose detrás de unos fardos y cubriéndose con un saco. Entonces, relajados los nervios, en tensión durante la huida, sintió que las fuerzas le faltaban, desvaneciéndose.

Los policías preguntaron a los transeúntes por un hombre herido, y como ninguno daba una precisa razón, se dedicaron a registrar las casas de los alrededores...

Mientras tanto, en una de las calles más populosas, en la parte meridional de la ciudad, Twelfth Street, tres individuos de feas cataduras iban entrando en distintos comercios, charlando unas palabras con el dueño del establecimiento, que asentía siempre, con el pánico reflejado en el rostro. Un coche iba despacio por la calzada.

Nadie reparó en los hombres que penetraron en una tintorería, servida per cuatro dependientes. El que llevaba la voz cantante del grupo dijo:

—¿El jefe?

—Soy yo —respondió uno de los que allí estaban—. ¿Qué desean?

—Venimos a proponerle un seguro de su establecimiento, sin póliza, personal. Esto es pequeño. Sólo veinte dólares al mes.

El dueño de la tienda, dándose cuenta de la personalidad de sus visitantes, balbució:

—Lo haría con mucho gusto, señores; pero es el caso que tengo ya uno por veinticinco y la tintorería no es negocio para sostener doble protección. Créanme que lo siento. Si hubiesen llegado ustedes antes...

El «gángster», cogiendo al hombre de un puñado por las solapas del guardapolvo con que protegía su ropa de los ácidos, le amenazó siniestramente, arrimando mucho su cara a la del infeliz, que enrojecía:

—Nosotros somos los primeros y no se nos puede decir que no. ¿Comprende?... ¡No se nos puede decir que no! —repitió el miserable, mascullando cada una de las palabras.

—Pagaré..., pagaré.

—Así me gusta. Un día de éstos pasará nuestro cobrador a hacer efectiva esa cantidad.

Los empleados observaban la escena sin intervenir, acobardados por el brutal aspecto de los sujetos.

—Nadie se ha negado hasta ahora. No cabe duda que somos unos buenos comerciantes —dijo con sorna el «gángster», mientras sus dos compañeros reían a carcajadas.

Los malhechores se volvieron con un absoluto desprecio de los que detrás dejaban. Una orden les sobresaltó:

—Levanten los brazos.

Varios agentes de uniforme, con las pistolas empuñadas, surgieron de la trastienda. Los «gangsters», tirándose al suelo, intentaron sacar las armas. La muerte no les dejó realizar sus planes. La Policía salió del establecimiento, pero el automóvil que acompañaba despacio a aquellos hombres arrancó, perdiéndose entre el numeroso tráfico.

Aquel mismo día, unas horas después, una camioneta que llevaba en sus costados unos dibujos de varias clases de jabones, se paró frente a la tintorería de Twelfth Street. El hecho no extrañó a nadie de los que allí estaban ni a los dos agentes que montaban la guardia en el exterior de la tienda. Mas, de pronto, la trampilla trasera se abrió y cinco hombres, armados con ametralladoras ligeras «Thompson», hicieron un fuego terrible contra los policías, penetrando después en el comercio. Llevaban los rostros cubiertos con pañuelos de colorines. El dueño y los tres dependientes alzaron los brazos con terror.

—No tiréis al de la izquierda. Alguien tiene que quedar con vida para que lo cuente con detalles.

Apenas dichas tales palabras, las ametralladoras vomitaron su mortífera carga y como peleles, el propietario y dos de los empleados cayeron, bañados en su propia sangre.

En la calle, los transeúntes, al sentir los disparos, habíanse refugiado en los portales, huyendo del peligro. Los «gangsters» montaron de nuevo en el camión, desde donde arrojaron dos granadas contra la fachada del establecimiento, destrozándola. El vehículo emprendió una rápida carrera.

—Esto les servirá de escarmiento a todos —fué el seco comentario del «boss».

Ya era completamente de noche, cuando un hombre herido, tras inauditos esfuerzos, consiguió saltar la pared de cemento del canal de Michigan. Anduvo unos pasos, tambaleándose como un beodo. A un cuarto de milla estaba la casa habitada por el «gang», en el corazón de la calle Cuarenta y Siete. Su debilidad era extraordinaria a causa de la pérdida de sangre. Cayó de bruces contra la acera.

Unos hombres que pasaban comentaban con sorna:

—¡Menuda borrachera!

—No todos saben beberlo.

Y con una absoluta falta de caridad continuaron su camino, sin hacer caso al que yacía en el suelo, tal vez muerto. Una mujeruca le apartó con el pie, maldiciendo no se supo qué cosas.

De pronto, un automóvil paró, con un chirrido de frenos, y de él descendieron dos mujeres jóvenes, elegantemente ataviadas. Una de ellas, inclinándose, se dolió:

—¡Pobre hombre!

—Déjale, Edith. Habrá abusado del «*whisky*».

Pero la muchacha, sin hacer caso, volvió el cuerpo. Sus manos se humedecieron en algo viscoso. Dijo, alarmada:

—Se ha debido herir. Ayúdame a meterle en el coche.

Con no pocos esfuerzos consiguieron su objeto, y entonces, la llamada Edith, puso en marcha el vehículo.

—Le llevaremos a una clínica, ¿no?

—Desde luego. Cualquier cosa menos dejarle abandonado. Tiene las ropas empapadas en sangre.

Ante una súbita idea paró, y encendiendo las luces del interior, apeándose, examinó al herido.

—¡Le han dado un balazo! —comentó con trémolos de emoción en la voz.

—Tirémosle fuera. Nos puede traer algún disgusto.

—No, Mirna. Sería inhumano dejarle morir. Le llevaré a casa. Allí decidirán. Tiene vacía una funda de pistola en la sobaquera. Por fortuna, anoche llegó mi hermano con permiso —replicó Edith.

—Como quieras, pero es exponerse demasiado. Puede ser un «gángster».

—Sea quien fuere es un hombre que necesita ayuda y estoy decidida a prestársela.

Y sin más comentarios, la joven, pasando al puesto de conductor, pisó el acelerador, atravesando las calles a la máxima velocidad permitida.

Eran las dos de la madrugada y el tráfico estaba bastante reducido. Pasaron veloces frente a los parques Garfield y Unión, a través del bulevar Washington, parando en la esquina de Halsted Street, donde había un magnífico palacio de varios pisos, protegido por una verja que conducía al jardín.

Edith tocó varias veces el «claxon», y a poco, la puerta se abrió, apareciendo en ella un criado de etiqueta, que saludó respetuosamente a las muchachas.

El automóvil, un «Cadillac», último modelo, hábilmente conducido, penetró a través del ancho paseo hasta la puerta del garaje, en el que entró.

—¿Se ha acostado mi hermano, Daniel? —inquirió Edith al sirviente.

—No, señorita. Hace un rato le he servido un «highballs» con mucho «*whisky*». Está en la biblioteca.

—Pues díglele que baje inmediatamente. Le esperamos en el jardín —ya solas, preguntó a Mirna—: ¿Tienes un cigarrillo?

—Sí; toma.

Da muchacha extrajo una lujosa cigarrera, ofreciendo a Edith pitillos turcos tomando otro para sí. Apenas los habían encendido, cuando un hombre alto, de unos treinta años y noble mirada, se acercó, con una pregunta en los labios, que no llegó a formular, pues su hermana le refirió lo sucedido, terminando:

—¿Qué hacemos, Larry?

—Muy sencillo. Subirle a casa y llamar a la Policía. Diremos la verdad a los agentes y todo quedará en una aventura vulgar —fué la pronta respuesta—. Mientras Daniel y yo lo hacemos, puedes llevar a Mirna a su casa en el «Ford», no vayan a estar inquietos sus padres. No faltará mucho para las tres.

—No te molestes, querida, y quédate. Me llevo el cochecito y mañana vendré en él a tomar con vosotros el aperitivo.

Larry sacó el «Ford» del garaje y unos minutos después quedaron solos los dos hermanos. El hombre cogió al herido entre sus brazos, sin aparentar el menor esfuerzo, llevándole a una de las habitaciones del piso alto, donde le tendió en una cama. Le desnudó en unos minutos. Dijo a su hermana, que entraba en ese momento:

—Manda a Daniel que hierva agua. Nos va a hacer falta.

La aludida salió y Larry cruzó un pasillo, entrando en un lujosísimo despacho. Llamó por teléfono:

—¿Departamento de Policía? ¿El doctor Karl Courtney?... —Hubo una pausa—. Bien. Le llamaré a casa —colgó, marcando otro número—. ¿Doctor Karl? De Larry Curwood. Sí, espero... —Nuevo silencio—. ¡Hola, Karl! Necesito que vengas inmediatamente a casa con el instrumental de cirugía. No puedo explicarte nada. Date prisa.

Colgó el auricular, penetrando en la habitación del herido, que continuaba inconsciente. A poco entraron Edith y Daniel, con agua hervida y unas toallas blancas.

Larry, cuidadosamente, lavó el boquete, sucio de sangre y polvo, comentando:

—Si no ha interesado hueso es un tiro de suerte —luego, volviéndose al criado, agregó—: No te acuestes, Daniel. Tengo que hablar contigo dentro de unos segundos. Quédate junto a este hombre, y si vuelve en sí, sin contestar a ninguna pregunta que haga, nos avisas. Nos sentaremos en el «*hall*».

—Bien, señor.

Salieron los dos jóvenes. Larry iba pensativo, con el rostro serio.

—¿Por qué no has llamado a la Policía?

—Luego te lo explicaré. Tu encuentro de esta noche ha sido providencial. Puedes creerme.

Pasaron los minutos en silencio. Sonó el timbre de la puerta y el

mismo Larry salió a abrir, dando un fuerte abrazo al recién llegado, un hombre de edad madura, pero que aún se conservaba joven.

—¡Hola, Karl! No puede decirse que has tardado.

—No. Me intrigó tu aviso. ¿Qué ha sucedido?

—Después te lo contaré todo. Antes vamos a curar a ese hombre. Lleva muchas horas herido.

—Como quieras. Apenas has venido y ya empieza el «jaleo». No olvides que te ordenaron descansar.

Larry Curwood sonrió enigmáticamente. En el pasillo se tropezaron con Daniel.

—Ha despertado, señor.

—Bien. Espera en la biblioteca. Allí nos reuniremos contigo dentro de unos momentos.

En efecto. El herido fijó la vista en los que entraban. No preguntó nada. Cuando el facultativo empezó la cura, su rostro endurecióse más y más, soportando el dolor con indudable entereza. Dijo:

—¿Cuándo podré marcharme?

—En el momento que quiera. Ahora mismo, si le autoriza el doctor; más, a nosotros, no nos estorba.

Y pisó significativamente a Karl Courtney, que estaba taponando el ancho boquete con un paquete de gasas.

—Como médico, no le aconsejo moverse en unos días. Puede sobrevenirle la gangrena. Además, ha perdido usted mucha sangre. ¿Qué le ha sucedido?

Los ojos del hombre se animaron, de pronto, con inquietud. Larry Curwood se apresuró a decirlo, entre el asombro de los que le escuchaban:

—No tiene obligación ninguna de contestar. Es una pregunta amistosa. Mi hermana quería llamar a la Policía, pero yo se lo he impedido. No quiero tratos con la «bofia».

—¿Por qué no? La historia es muy sencilla. Me llamo John Strague. Soy viajante de una casa de productos químicos y me disponía a penetrar en una tienda de la calle de Monroe, cuando se oyó, próximo, un tiroteo y un individuo cruzó ante mí. De pronto sentí un choque en el hombro y vi a varios agentes corriendo. Temí que me confundieran con el «gángster» y, preso del pánico, huí, refugiándose en una de las barcasas del canal, donde perdí el

conocimiento, no recobrándolo hasta muy avanzada la noche en que salí a la calle Cuarenta y Siete, para pedir auxilio, pero me desmayé de nuevo.

—Y mi hermana le recogió, trayéndole a casa. Eso es todo. Ahora debe dormir tranquilamente. Está entre amigos. ¿Puede tomar «*whisky*»?

—No debe hacerlo —repuso el médico.

—Siempre las mismas tonterías —rezongó Larry—. El alcohol es la mejor medicina y siempre le privan de ella al que la necesita. Yo voy a tomarme un trago a su salud. Si necesita algo llame al timbre de la cabecera de la cama.

—Gracias por todo.

Y con tales palabras, el herido cerró los ojos, agotado por el esfuerzo.

Edith, Larry y Karl Courtney abandonaron la alcoba, penetrando en la biblioteca, donde Daniel se levantó, obsequioso. El joven le ordenó que se sentara.

—¿Puedes decirnos ahora qué diablos te traes entre manos? —inquirió el doctor Karl Courtney.

El aludido meditó unos segundos antes de responder. Cuando lo hizo, su voz era grave:

—Escuchadme. El

F. B. I.,

anda detrás de un asunto muy espinoso que no estoy autorizado a revelar ni aun a vosotros. Yo no he venido a disfrutar un permiso, como os he comunicado, sino de servicio a Chicago para hacer investigaciones. Dentro de una semana llegará un agente a ayudarme. Si os revelo esto es porque las circunstancias me obligan y necesito de vuestra ayuda. La historia de ese hombre es falsa. Sin ningún género de duda pertenece a un «gang» y le han herido en algún atraco. Necesito introducirme en una banda de malhechores y para ello, él y vosotros me ayudaréis.

Hizo una breve pausa. Todos le oían atentamente. Prosiguió:

—Habréis observado mi vocabulario. Me he manifestado como un alcohólico, usando palabras del «argot» de los bajos fondos. Como permanecerá entre nosotros varios días, tú, Edith, harás alguna amistad con él, no mucha, y cuando te pregunte por mí, le dirás que estoy borracho o jugándome los cuartos en cualquier

«garito». Habla de mí todo lo mal que quieras. Tú, Daniel, puedes influir en su ánimo del mismo modo, y en cuanto a Karl, con que se calle y no de parte a la Policía, me basta. Lo demás dejadlo de mi cuenta. Os repito que es necesario el más absoluto silencio. Va mi vida en ello y la de muchos infelices. Por fortuna, papá está fuera y no tiene que enterarse de nada.

En la biblioteca hubo un silencio. Daniel, levantándose, preguntó:

—¿Desea de mí alguna cosa más, señor?

—Nada, Daniel.

—Voy a limpiar las manchas del coche.

Solos los tres jóvenes, la conversación tomó otros derroteros, refiriéndose los dos hombres a las aventuras corridas dentro del Cuerpo de Policía, del que Karl era médico forense y de donde ingresó Larry en la Academia del

F. B. I.

—Papá no quería, lleno de orgullo por sus millones, pero te aseguro que, sirviendo a mi patria, me creo un ser útil y no un imbécil de esos que cortejan a mi hermana y que viven sólo de la adulación y la holganza.

El rostro de Larry Curwood reflejaba una alegría inmensa al expresarse de tal manera. Continuó:

—He visto muchas veces a la muerte cerca de mí y algo me ha librado siempre de ella. Creo que Dios vela por los que, de un modo u otro, se entregan a su vocación por encima de los humanos obstáculos.

—Así es —repuso Karl—, pero yo os dejo. Son las cuatro de la madrugada y todos necesitamos dormir...



ATENCION, LECTOR:

EDITORIAL ROLLAN publicará

¡PARA TUS HIJOS!
UNA REVISTA INFANTIL

II



I, señor Strague. Ésa es la amarga verdad. Hace unos minutos, usted me ha dicho que no sabe cómo pagar la deuda de gratitud que tiene para con nosotros. Ya le he indicado cuál. Hable con mi hermano, aféele su conducta moral. Él le tiene un gran respeto. Entre el juego y el alcohol se está echando a perder, convirtiéndose en una ruina física.

El rostro de Edith Curvood expresaba una angustia sin límites. John Strague, sentado en el lecho y cubierto su musculoso torso con un pijama de seda blanco, escuchaba a la joven con atención, sintiendo que dentro de su alma se abría una luz nueva, algo hasta entonces no sentido.

—Por favor —dijo— no me torture más. Su hermano es un buen

muchacho que tiene el gran defecto de sobrarle el dinero. La vida, que está hecha de realidades, le irá enseñando. Me duele que sufra. ¡He recibido tantas atenciones de usted!

El semblante de Strague se dulcificaba al hablar con la muchacha. Ella insistió:

—Inténtelo, al menos. Me temo que esté enredado en alguna peligrosa aventura. Anda muy preocupado desde hace unos días y me ha pedido cuarenta mil dólares.

La joven rompió a llorar, apoyando la cabeza en la cama.

—Vamos, tranquilícese —repuso John acariciando los cabellos de Edith. Se estremeció al contacto separando la mano como si hubiera tocado fuego.

—Usted es un hombre honrado, Strague. Es mi última esperanza. Papá le ha dejado por imposible. Además anda siempre de viaje y no se entera de la mitad de las cosas.

—Le prometo que haré lo que me pide, aunque desconfío del éxito. La aventura emborracha como el mejor de los vinos.

—Gracias, señor Strague. Voy a ver si le encuentro. Le diré que usted le llama.

La muchacha salió de la estancia dejando solo a John, el cual reclinando la cabeza en los grandes almohadones que le mantenían medio sentado, no pudo menos que sonreír con amargura. ¡Él hablando de moralidad!

Recordó a su madre, muerta mientras él luchaba en Formosa en la Infantería de Marina y sintió que un rubor inmenso le invadía. Se enojó consigo mismo. ¡Él que siempre se creyó un ser sin alma acababa de descubrirla ante las simples palabras de una mujer!

Dejóse mecer por las evocaciones. Su infancia, recogiendo mendrugos mientras su madre lavaba ropa por unos míseros centavos. Su adolescencia entre lo peor de cada casa, robando los tapones de los automóviles y aprovechando los descuidos de los vendedores. En aquella época, a los dieciséis años, le impuso la primera condena por robo un tribunal de menores. Dos años de reformatorio, encanallándose más y más con el trato constante de golfos. Un solo recuerdo grato conservaba del internado. Allí les hablaban de la historia de los Estados Unidos, de los hombres que la forjaron aun a costa de su vida. Siempre recordaría las palabras del maestro: «La patria es algo que todos llevamos en el corazón, a la

que hay que defender y por la que se debe morir».

Después de cada conferencia se reunían en el amplio patio del reformatorio.

—«¡Bah! —decía uno—. ¡Mucha música para los que comen!».

—«A ése le quería yo ver soportando las borracheras de mi padre y comiendo verduras agusanadas».

—«Que se vaya con el cuento a otro sitio. Aquí no cuela».

A veces él también participaba de tales conversaciones, pero muy en su interior sentía algo que no lograba definir.

Ya en la calle fué de mal en peor. Su madre estaba enferma y robó para ella hasta que un día, para no ser apresado, tuvo que matar. Su pobre vieja vivía feliz creyéndole empleado en un taller de forja. Ingresó en un «gang» con fortuna, no siendo detenido en varios años. Por entonces estalló la guerra. Vio los desfiles de los hombres que iban a la muerte con una alegría inmensa en el alma; la del deber; vio banderas flameantes y oyó el acorde de las bandas militares. Algo se removió en su corazón y una tarde se presentó voluntario, antes de que movilizaran su reemplazo. Dejó a su madre unos miles de dólares que tenía ahorrados y partió para Europa. Allí sintió el gozo de matar hombres familiarizándose con la tragedia.

Al terminar la guerra regresó, sin otro oficio que el de pistolero y enterado de la muerte de su madre se trasladó a Chicago, donde nadie le conocía ingresando en un importante «gang» del que heredó la jefatura. Sus hombres le querían porque era el primero en afrontar todos los peligros. Además planeaba minuciosamente los asaltos. Los del «First National Bank» no había sido otra cosa que una delación. Les estaban esperando a que salieran. Desde tiempo atrás habían tenido varios choques con la Policía. Alguien les traicionaba.

John Strague tuvo la sensación de que le miraban y levantó con sobresalto la vista. Frente a él hallábase Larry Curwood con evidentes señales de haber bebido más de lo necesario.

—¿Me llamabas?

—Sí, siéntate. Parece que me huyes, y sin embargo, tengo pruebas de tu amistad.

—Desde luego. Eres lo que yo no he conseguido ser todavía.

—No te entiendo.

Larry sacó un frasco en forma de petaca aplastada del bolsillo

trasero del pantalón, injiriendo un buen trago. Ofreció:

—¿Quieres? Es «*whisky*». Es mejor beber que andar perdiendo el tiempo con charlas inútiles. Dime que quieres de una vez.

Strague rechazó con el gesto, diciendo:

—Escúchame. Yo te debo un gran favor y deseo pagártelo. Conozco bien a los hombres y sé que te embriagas porque tienes miedo.

El muchacho se irguió con la cómica arrogancia de un beodo. Balbució:

—Yo no le tengo miedo a nadie.

—Escúchame, Larry. Deja el camino que llevas que sólo te conducirá a una cárcel o a un manicomio y ayuda a tu padre en los negocios. Es un buen consejo.

Curwood rompió a reír estrepitosamente, mezclando las carcajadas con un hipo nervioso. John le miraba sorprendido sintiendo que empezaba a perder la paciencia. Con gusto se hubiera levantado propinando al joven una paliza. Al fin Larry, haciendo esfuerzos por contenerse, habló:

—¡Qué cosa más ridícula! Tú... tú... hablándome de moralidad. Mira. Pongamos las cartas boca arriba. Cuando te desnudé escondí la funda de tu pistola, registrando tus documentos. No tienes licencia de armas ni ningún certificado que te acredite en la profesión que nos dijiste. Les engañaste a todos menos a mí. Te hirieron en algún atraco. Eres un «gángster». Por eso no quise avisar a la Policía. Antes me hablabas de hacerme un favor. Pues ya ha llegado el momento. Quiero trabajar contigo, en tu misma banda, para marcharme de casa y no soportar los sermones de mi hermanita ridícula. No me digas que no, favor por favor. Eres un tío simpático y no me agradaría nada ingresar en un «gang» rival al tuyo y tenerte que matar.

John Strague, que había llegado a suponer que todos habían creído su falsa historia, replicó secamente:

—No puedo hacerlo. Por ti y por tu hermana.

—Pues te denuncio.

El rostro del fuera de la ley se contrajo espantosamente, en un esfuerzo increíble para no arrojarle contra aquel ser despreciable. Él era un criminal, un ladrón, pero nunca un delator ni un cobarde. Accedió:

—Sea, Mañana me iré de aquí. Si quieres podrás acompañarme. Te presentaré a los muchachos. Creo que lo mejor que puede sucederle a tu familia es que te peguen un tiro en cualquier refriega con la Policía.

—Gracias, John. Eres lo que se llama un amigo. Vamos a celebrarlo.

Y sacó de nuevo el frasco de licor, pero John Strague se lo tiró al suelo de un manotazo, diciéndole:

—A mi lado no quiero a los borrachos. Ya lo sabes.

Larry Curwood, completamente embriagado, se llevó la mano a la oreja derecha haciendo una caricatura de saludo militar.

—A la orden, jefe.

Y salió, tropezándose en la puerta con su hermana que había presenciado la última escena. Edith, muy emocionada, le dijo:

—Gracias. Es usted muy bueno. Nunca le olvidaré, nunca.

Y mientras sus ojos se bañaban en lágrimas, la muchacha salió precipitadamente de la estancia.

John lanzó una maldición ahogada, concibiendo el firme propósito de abandonar aquella casa para poder huir de su propia conciencia y del hechizo de unos ojos dulces y soñadores...

En una de las habitaciones interiores del almacén de bebidas de West 47 th Street, en las inmediaciones del canal de Illinois y Michigan, aquella noche se estaba celebrando una importante reunión, a la que concurrían cinco sujetos de pésima catadura. El local, situado en su sótano, tenía otra salida a una pequeña callejuela, frente al curso del agua.

—Os dijo que el «boss» ha muerto. Tal vez le haya capturado la «Poli» y los periódicos no lo sepan.

—No digas tonterías, Walmut. La opinión pública se está echando encima del Departamento de Detectives acusándoles de inútiles y hasta de cobardes. De cogerle lo hubiesen dicho. Además es muy difícil engañar a los periodistas. Todos vimos la fotografía del coche abandonado en «La Tribuna». Lo que te sucede es que quieres nombrarte jefe.

Pike Walmut se levantó violentamente. Barbotó:

—Eso no te importa, Lamond.

Otro individuo intervino:

—Creo que en lugar de perder el tiempo discutiendo debiéramos

investigar acerca de la posible personalidad del delator. Es indudable que de poco tiempo a esta parte en el mundo del hampa hay alguien que informa a la Policía de los movimientos de los distintos «gangs». Si esto sigue así vamos a tener que marcharnos de la ciudad.

Walmut, más calmado, repuso:

—Tenéis razón. Sin embargo, sé de un buen trabajo para todos los aquí presentes. Somos pocos y no puede haber traiciones.

—Abre el pico de una vez y no divagues —refunfuñó Andrew Lamond—. Desde hace una temporada no hacemos sino fracasar frente a la Policía, y estoy sin un centavo.

—Es bien fácil. Cuando llegué esta tarde a casa me encontré con dos individuos dentro. Pensé que serían de la «Poli», pero uno de ellos me propuso ingresar en un gran «gang» donde ganaría, «tú y tus compañeros» fueron sus palabras, los dólares a montones. Quedé en consultarlo con vosotros y mañana irán por la respuesta. Como prueba de ser ciertas sus afirmaciones me ofreció tres mil por escoltar una canoa desde el norte de Lake Shore Drive hasta Milwaukee. ¿Os decidís?

—No —dijo una voz desde la puerta—. Todos haréis lo que yo os mande.

—¡John! —exclamó con alegría Andrew Lamond.

—El mismo vivito y coleando —respondió Strague mientras avanzaba hacia el centro de la habitación, seguido de Larry Curwood.

—Llevo un buen rato oyendo lo que decís y me alegro.

Pike Walmut palideció. El recién llegado, acercándose a él, le cogió fuertemente por las solapas, diciéndole:

—Eres un cobarde... ¿Lo oyes?... Un cobarde.

Y su mano abierta se abatió sobre el rostro del «gángster» el cual llevó rápido su mano a la funda sobaquera, pero antes de realizar sus intenciones ya estaba encañonado por Larry. John, asombrado por la rapidez con que su amigo empuñara la «Germán Luger», advirtió:

—Que nadie se mezcle en mis cosas. Tú, Pike, disponte a defenderte. No me gusta asesinar a sangre fría y adoro la lucha.

Conforme hablaba había sacado una gran navaja del bolsillo trasero del pantalón. Walmut le imitó, con una expresión de ira en

el rostro.

—Esto no hace ruido —fué el seco comentario del «boss».

Andrew Lamond metió la mesa en uno de los rincones y pronto quedó un espacio libre para los contendientes, los cuales se miraron antes de decidirse a atacar.

Pike Walmut fué el primero que tiró una cuchillada a su contrario, pero éste echó la cabeza violentamente hacia atrás y el afilado acero pasó rozándole la garganta.

Con los hombros encogidos y el arma a la altura de los ojos, los dos hombres estaban rememorando una estampa típica mejicana. Larry Curwood seguía con atención sin límites el curso del combate. En el

F. B. I.,

les enseñaron toda clase de luchas, pero aquélla resultaba nueva para él. Los combatientes no se lanzaban el uno contra el otro, fiándose de la fuerza, sino que giraban despacio lanzando de vez en vez feroces navajazos al cuello o la cara sin otra defensa que el esquivar la muerte con grotescas contorsiones o ágiles juegos de piernas. El arte en tal combate residía en la intuición. Era necesario adivinar, segundos antes de realizarse, el movimiento del enemigo.

John Strague, esperaba su momento, sin hacer gran caso de los numerosos ataques de Pike Walmut, el cual sonreía feroz.

La distancia se había acortado y el «boss» alargó el brazo como si éste tuviera un resorte eléctrico, pero su rival echó el cuerpo hacia un lado burlando a la muerte, aunque sin poder evitar que el filo de la navaja le hiciera un superficial corte en una mejilla. John, al darse cuenta de que había fallado, se dejó caer al suelo, hacia la derecha y el arma silbó sobre su cabeza. Pike que puso todo su ímpetu en la acción sintió que perdía la estabilidad, cayendo casi encima de Strague. Éste, en una violenta contorsión, se echó a un lado, poniéndose en pie.

Y de nuevo los contendientes, en alto el acero fueron avanzando y retrocediendo, tirándose feroces golpes. Al fin, Pike Walmut, perdiendo la serenidad, se lanzó a un ataque desesperado. Strague intuyó el movimiento y se dejó caer de rodillas para luego, al sentir cerca de sí el corpachón del «gángster» alzar el brazo. La navaja se clavó en la garganta del que quiso nombrarse «boss», que se desplomó herido de muerte.

—Dejadle en un rincón y luego ya sabéis lo que hay que hacer con él.

—Sí, jefe —dijo uno de los hombres con respeto.

—Y ahora —prosiguió John Strague, como si nada hubiese sucedido—, veamos la manera de organizar algo para sacar unos cuantos miles. ¿Dónde están los demás?

—Presos o muertos —replicó Andrew—. Y como nosotros casi todos los «gangs» de la ciudad. Antes comentábamos eso. De un tiempo a esta parte Intentar un golpe es tanto como suicidarse. Hay un general pánico en Chicago.

—Creo que empiezo a imaginarme de dónde proviene todo esto. Hay alguien que pretende monopolizar el «gangsterismo», reuniendo en una todas las bandas. Sin duda me dieron por muerto y ésa es la causa de que le hicieran la proposición a Pike. Lo más interesante será averiguar qué quieren esos sujetos. Mañana iremos nosotros a recibirles. Como no dijo si por la mañana o por la tarde, pasaremos allí todo el día. Mientras tanto he pensado dar un golpe audaz, que llevo planeando muchos meses. ¿Habéis traído coche?

—Sí; está fuera.

—Pues escuchad.

John comenzó a hablar y a los pocos minutos los seis hombres montando en un potente «Studebaker» se dispusieron a la acción. Como aún era temprano, escasamente las dos de la mañana, el «boss» ordenó al que conducía:

—Danos un paseo por el muelle.

Luego hizo la presentación del nuevo miembro de la banda y levantando el asiento posterior extrajo dos ametralladoras «Thompson». Larry, al verlas, comentó:

—¿También vamos a usar el «ukelele»?

—Únicamente para cubrirnos la retirada, si fuese necesario.

El interior del vehículo era confortable. Delante iban dos hombres, y atrás el resto. Todos fumaban, tal vez un poco nerviosos.

Cuando el «Studebaker» enfiló la avenida Monitor, el «boss» ordenó:

—Vamos para allá.

Y se hizo el silencio, un silencio lleno de intensidad, presagio de la acción. El automóvil pasó de la avenida Monitor a West Lake Street, y, bordeando al parque de Garfield, enfiló Colorado Avenue,

parando frente a una de las entradas de la Estación de la calle Cuarenta y Ocho.

—No olvidéis las instrucciones —recomendó John por última vez al conductor y al «gángster» que iba con él en la parte delantera del vehículo. Luego, seguido de Larry Curwood, Andrew Lamond y el cuarto individuo llamado Paúl Sprigg entraron en la estación para abandonarla por otra puerta que desembocaba frente a la fábrica de locomotoras, el gigantesco edificio de la gran ciudad que es nudo de las comunicaciones ferroviarias del Oeste.

Caminaron por espacio de veinte minutos, siguiendo una alta valla de ladrillos, desembocando, al fin, en una gran explanada donde había varias vías que enlazaban con las distintas estaciones de la ciudad, motivo por el cual sus pasos estaban protegidos únicamente por un brazo de hierro pendiente del cual se veían unos flejes entrecruzados. John Strague saltó dando el ejemplo, e igual que sombras, los demás le siguieron.

Con paso de lobo, los cuatro hombres, avanzaron unos metros. A la derecha se alzaba una garita de centinela. El «boss» hizo una seña a Paúl Sprigg y éste desapareció con el cuchillo en la mano para regresar a los pocos minutos, diciendo en voz baja:

—Sin novedad, jefe.

Conforme atravesaban un gran taller, con grúas de todos los tamaños y donde se encontraban locomotoras en reparación, Larry Curwood iba pensando en la extraña suerte de los infelices que se encontraran a su paso. Y él no podía hacer nada para evitarlo. Por un segundo estuvo a punto de disparar contra los que le precedían, pero le contuvo el deseo de llegar hasta el fin. Con él, el asalto se hubiera verificado del mismo modo. No era responsable de lo que allí estaba sucediendo. Por otra parte, la misión que le encomendaron sus jefes era de interés nacional y por cumplirla había de transformarse en un «gángster» más, prescindiendo de muchas de las cosas que constituyen en los valores morales del hombre.

Comenzaban a subir una escalera de hierro cuando John Strague extendió la mano hacia atrás. Sobre sus cabezas, rifle al hombro, un hombre, el segundo de los guardianes con que se tropezaban aquella noche.

Deseando evitar una víctima inocente y aprovechándose de unos

segundos de vacilación de sus compañeros, Larry golpeó el hombro de Strague dándole a entender por señas que permaneciesen quietos y luego, sin esperar que le fuera concedido el permiso, saltó sobre el cable de una grúa y balanceándose levemente en el aire, en un alarde de facultades físicas, fué ascendiendo a pulso, pulgada a pulgada, hasta situarse a la altura del centinela, y a medio metro escaso del pasillo que rodeaba el taller y por el que el vigilante paseaba lento y confiado. Aprovechando que le volvía la espalda saltó, con la «Luger» en la mano, dando al individuo un fuerte golpe con la culata, y sujetándole para que no se desplomara desde la altura. La operación había sido tan silenciosa que hubo de asomarse para que sus compañeros se diesen cuenta de que el camino estaba expedito. Mientras subían ató y amordazó al centinela, utilizando para ello unos trozos de alambre.

Cuando John y los suyos llegaron junto a él, Andrew Lamond se dispuso a apuñalar al ser indefenso, pero Larry le sujetó el brazo fieramente decidido a no permitirlo. El «boss», a quien repugnaba el asesinato a sangre fría, ordenó quedo:

—Dejémosle así y sigamos.

Obedientes al mandato, continuaron el avance para desembocar en una gruesa puerta de madera, cerrada. Paúl Sprigg se desabrochó la americana dejando al descubierto un cinturón de cuero con pequeños departamentos para herramientas y a los pocos segundos, utilizando una finísima ganzúa, el obstáculo hubo sido superado y todos caminaban por un largo pasillo a cuyos lados se abrían numerosas puertas que conducían, sin duda, a los departamentos de los ingenieros.

En la gran fábrica el silencio era absoluto y de trecho en trecho lucía una pequeña bombilla adosada a la pared por lo que Larry dedujo que debían ser más los centinelas.

Pasaron un «hall» inmenso descendiendo por unas escaleras de mármol a cuyo pie había un aparato de control de vigilancia. John miró inquieto a sus hombres. El rostro de Larry Curwood estaba sereno, pero en sus pupilas brillaba la luz de la inteligencia. Reparó en que en el joven estaban más alertas las cualidades intelectivas que las físicas, y no pudo menos que admirar su extraordinaria sangre fría. Sin embargo, Andrew Lamond y Paúl Sprigg, con las mandíbulas ligeramente contraídas, eran seres dispuestos a la

brutalidad. El «boss» no ignoraba que sí alguien daba la alarma en unas minutos la fábrica quedaría acordonada por la Policía y los numerosos guardianes nocturnos se concentrarían en las salidas posteriores. No en balde estuvo trabajando casi dos meses en los grandes talleres para conocer palmo a palmo el edificio.

Atravesaron más puertas y pasillos, sin que nadie les descubriera. Conforme penetraban en la parte delantera de la industria los salones eran más lujosos, con los suelos de fino mosaico y las paredes recubiertas de corcho.

Fué al doblar un pasillo y tan de pronto que cuando quisieron darse cuenta ya Larry Curwood se había lanzado en tromba contra uno de los serenos que, pistola en mano, se disponía a hacer fuego. El hombre les vio unos segundos antes disponiéndose a defender los intereses que le estaban confiados.

A impulsos del choque los dos rodaron por el suelo, pero no hubo lucha. Los «gangsters» pudieron ver cómo Larry daba un golpe no muy fuerte en la nuca de su contrario con la mano extendida. No en balde en Quántico les enseñaron la práctica del «*jiu-jitsu*». No obstante calculó bien la potencia de su brazo para no matar al centinela destrozándole las vértebras. Se incorporó jadeando:

—No es preciso que le atéis. Tardará varias horas en recobrar el conocimiento.

Andrew y Paúl, sin ocultar su admiración, metieron el ser inconsciente en uno de los despachos. John Strague advirtió.

—Estamos llegando ya.

Abrieron una puerta de cristales y tras de recorrer unos metros de pasillo se encontraron ante otra, de duro roble, que Paúl Sprigg tardó varios minutos en franquear. Al fin, desembocaron en una amplia habitación destinada a caja. Al fondo había una gran arca de caudales de modelo antiguo. John Strague reparó en ella cuando iba a cobrar su soldada. Cualquier experto conseguiría abrirla en media hora y él lo era, conociendo, además, la extraordinaria confianza del cajero que sólo movía el disco giratorio del centro.

De rodillas en el suelo, sus dedos ágiles comenzaron a trabajar mientras que Sprigg se ocupaba de una pequeña caja metálica de cerradura donde debían de tener las cantidades necesarias para los pagos habituales.

Transcurrieron los minutos. Larry estaba seguro que de ser

sorprendido allí ni aun su condición del

F. B. I.,

le salvaría de unos años de cárcel. Por ello, junto con Andrew Lamond, puso todos sus cinco sentidos en la vigilancia de los pasillos que conducían a dónde ellos se hallaban, regresando al despacho con pequeños intervalos para presenciar los progresos de los dos hombres.

Paúl Sprigg había conseguido ya sus propósitos y echaba montones de billetes en un saquito de plexiglás oscuro que había sacado de uno de los bolsillos.

John Strague, con un suspiro de alivio, hizo girar en ese instante la gruesa plancha delantera de la caja de caudales. En su interior, en varios departamentos había más de cien mil dólares en billetes grandes. Ayudado por Paúl terminó de llenar el primer saco, mediando otro. Luego, el «boss», reluciéndole los ojos de alegría, indicó:

—Ahora lo más difícil es salir.

Ante el asombro de Larry continuaron avanzando hacia la parte delantera del edificio, John se cubrió el rostro con el pañuelo de pecho y todos le imitaron. Paúl Sprigg se había colgado los sacos conteniendo el producto del robo del cinturón, que resultaba ser providencial, pues servía para todo.

Por las extraordinarias precauciones de Strague, Larry comprendió que se iba a realizar una maniobra audaz y así pudo comprobarlo cuando desembocaron en un monumental vestíbulo en cuyo centro se abría una puerta que comunicaba con el exterior. El hombre que paseaba por el ancho salón miró como a fantasmas a los recién llegados, sin intentar defenderse, pues una monumental «Germán Luger» apuntálale directamente al corazón.

—¡Abre! —ordenó John—. Si intentas traicionarme te mato a ti y a todos los tuyos.

El vigilante fué a descorrer los cerrojos interiores, pero el «boss» le indicó:

—Límitate a las cerraduras. Lo demás lo haremos nosotros.

El hombre llevó las manos a la cintura en busca de las llaves y en ese momento unos timbres comenzaron a sonar furiosamente en todo el edificio. Larry, sin vacilar, golpeó con su arma el rostro del vigilante, que se desplomó sin sentido y arrebatándole dos grandes

llaves trabajó rápido mientras que Strague se ocupaba de los cerrojos.

En unos segundos estuvieron dentro del «Studebaker», que esperaba unos metros más abajo, emprendiendo una veloz carrera hacia el puerto, por el mismo camino que trajeron. Andrew Lamond reprochó:

—¿Quién habrá dado la alarma? Seguramente alguno de los que dejamos atrás con vida. No podemos andar con sentimentalismos. Los muertos no hablan.

Larry, mirando fijamente al «gángster», repuso:

—Si te cogen por robo te meten unos años en

Sing-Sing.

Por robo y asesinato irías a la silla eléctrica. Mientras se pueda, es mejor evitar las responsabilidades.

John Sprague, mirando con atención al joven, al que hasta unas horas antes creyera un niño estúpido pagado de su dinero, decidió:

—Tienes razón. Además, puedes imponer tu criterio. Te has portado como un valiente.

El automóvil torció, sin contratiempos, por Kedzie Avenue, llegando a la avenida de Archer, alcanzando la West 46 th Street, para desembocar en la calle Cuarenta y Siete y, bordeando el almacén de bebidas en tomo al canal de Illinois y Michigan, metieron el automóvil por una ancha puerta, cuyas hojas cerraron tras de sí. Luego, ayudándose de las linternas, recorrieron un estrecho corredor, bajando a un sótano, amueblado sobria, pero cómodamente.

—Estamos en el mismo lugar de donde partimos, sólo que un piso más abajo. Ya te diré cómo se entra desde la taberna. Nadie más que el dueño conoce este lugar y es persona de toda la confianza.

—Contemos el dinero, jefe —dijo Paúl Sprigg, en cuyos ojos brillaba la codicia.

El aludido, envolviendo al que había hablado en una mirada de desprecio, replicó:

—No seas impaciente. Primero tenemos que brindar por dos cosas. Una por el éxito de la operación. La otra —se detuvo unos segundos y, mirando a Curwood, terminó—, por el nombramiento de Larry como segundo del «gang». ¿Está alguien no conforme?

—Yo, jefe —dijo el «gángster» que había permanecido fuera, junto al conductor—. Creo que tienes hombres más antiguos en la banda y de reconocido valor.

—Sometámoslo a votación, aunque no es mi costumbre. Quiero que veas cómo opinan tus compañeros.

Andrew Lamond y Paúl Sprigg, convencidos de la superioridad del joven, dijeron que sí, y sin más comentarios, quedó dilucidada la cuestión, bebiendo unos tragos de «*whisky*».

John Sprague, satisfecho, dijo:

—Hoy empieza una nueva vida para el «gang».

Lo robado ascendía a

125 000

dólares, que se repartió equitativamente entre todos, reservándose el «boss» una mayor participación y dando 3000 más a Larry.

Luego, con los bolsillos repletos de billetes, se tendieron a dormir en las habitaciones interiores. Larry y John lo hicieron en una con dos camas. El segundo dijo:

—De veras me has sorprendido. No esperaba que tuvieras tanta sangre fría.

—Ya te dije que deseaba independizarme de mis padres. Me gusta la vida aventurera. Si se hubiesen ocupado de darme carrera, sería a estas alturas aviador o marino... Algo donde se corran riesgos constantemente; pero hicieron de mí un señorito y el resultado es éste. Ahora podré pagar los quince mil dólares que debo por juego sin que se enteren en mi casa.

John Strague recordó, aún sin quererlo, la gentil figura de Edith Curwood, evocando los días aquellos en que la muchacha le pidió amonestase a su hermano para que abandonara la mala vida. «¡Bah!, sensiblerías», se dijo para sí. Era posible que no volvieran a encontrarse nunca.

El hombre duro, de hierro, acababa de surgir de nuevo al contacto de la violencia. El alma habíasele dormido con el brillo del oro. Por eso le sorprendió oír, de boca de Larry:

—¿Eres feliz en esta vida? Créeme que te he llegado a tomar un verdadero aprecio.

—La felicidad es un valor relativo —contestó—. Yo poseo la fuerza y ella es la palanca que me hace conseguir cuánto quiero. Tú abandonas la comodidad por hastío, lanzándote a la aventura; yo

busco esa comodidad por medio de un dinero que he de conseguir entre sangre y muerte.

John Strague hizo un silencio, mientras tendía un cigarrillo a Larry Curwood, que le escuchaba con atención, como si continuara estudiando Psicología en la Academia del F. B. I.

—La vida es algo muy complejo. Tú y yo somos dos hombres decididos y con inteligencia natural, y los dos buscamos la...; vamos a llamarla felicidad, por caminos distintos. Para mí, el poder lo es todo. ¿Sabes por qué? Porque me han despreciado. Tú no eres cruel, porque siempre fuiste respetado. Yo aborrezco a la Humanidad y siento asco hacia ella. Ansíó convertirme en el rey de Chicago, y sé que, cuando lo consiga, si antes no me tiende una bala, sentiré en mi corazón el orgullo inmenso de la fuerza, pero no habré alcanzado tampoco la felicidad.

Calló de nuevo. Su mirada seguía atentamente las rizadas volutas de humo. Larry le escuchaba con respeto, asombrado de la gigantesca personalidad humana de aquel hombre. Comentó:

—Todas las insatisfacciones se terminan ante un buen frasco de «*whisky*».

Y la respuesta le desconcertó:

—Odio la borrachera y aborrezco los paraísos artificiales. Soy un hombre fuerte, que va siguiendo su destino por la única senda posible. El borracho es un ser débil, que acaba siempre loco o enfermo. Y yo necesito mi salud para luchar en el inacabable campo de batalla de la vida...

Larry Curwood no contestó. Le irritaba sentir cómo en su corazón se iba abriendo más y más la rosa de la amistad hacia un hombre fuera de la ley y al que tenía el deber de enviar a la silla eléctrica.

Simuló quedarse dormido, para no responder, y a los pocos minutos lo estaba realmente...

III



UANDO John Strague y Larry Curwood llamaron a la puerta del lujoso piso que Pike Walmut tenía en 67 th Street, frente al parque Morrell, siguiendo las indicaciones del portero, que les dijo que su esposa se encontraba en casa, no pudieron imaginar ni por un momento que les abriera una criatura tan fascinadora, extrañándose el «boss» de no haberla visto nunca ni de oír hablar de ella entre sus hombres. Sin duda, el «gángster» la celaba, afanoso.

—¿Es usted la señora de Walmut?

—Efectivamente —repuso la mujer sin franquear la puerta del todo—. ¿Qué quieren? Él no está en casa.

—Ya lo sé, monada —habló John, empujándole para penetrar en un lujoso vestíbulo—. Queremos charlar un rato contigo. Tal vez me conozcas de nombre. ¿No te habló nunca tu marido de Strague?

Larry Curwood, regocijado por el tono burlón de su amigo, le siguió, y a los pocos segundos estaban los tres descansando en los cómodos sillones de la casa.

—Escucha, preciosidad. Yo me llamo John, y mi amigo Larry, y si tú eres la mujer de Pike, yo soy Abraham Lincoln.

—Es algo que no os importa —replicó ella con altanería.

—Desde luego, pero escúchame atenta. Tu..., lo que sea..., ha muerto en una escaramuza con la Policía y venimos a decírtelo. Lo menos que podías hacer es invitarnos. Pike Walmut era muy poco hombre para ti.

La interpelada, mirando fijamente a Sprague, se levantó para servir tres «*whiskys*» con soda y limón. Alta, de estrecho talle, vestida hasta los pies con una coquetona bata de casa que al andar dejaba al descubierto parte de las bien torneadas pantorrillas, sus movimientos eran felinos y su figura sugestiva. Sus ojos despedían extrañas miradas, siendo un reflejo exacto de las reacciones psíquicas de la mujer. El cabello, largo y undoso, le caía a lo largo de la espalda, mal sujeto por una cinta azul. Se presentó:

—Me llamo Eva Medway.

—Pues mira, Eva —comenzó Strague, tuteándola—: voy a hablarte claro, porque te supongo lo suficientemente lista como para hacerte cargo de las situaciones. Pike era muy ambicioso y quiso erigirse en jefe del «gang». Murió. Sin duda pretendía llevar adelante la vida fastuosa que adivino por la casa que habitáis. No supo resignarse a ser un simple «gángster» y carecía de inteligencia para otra cosa. A ti, en realidad, te da lo mismo uno que otro. Lo que quieres es vivir con lujo, y eso no te faltará. Yo, o éste, te lo proporcionaremos. Se trata de que nos digas qué visitas tuvo Walmut ayer. Procura no mentirnos. Acostumbro tener poca paciencia.

Eva, recostándose voluptuosa en uno de los butacones, repuso muy despacio:

—Eres un impulsivo, Strague. Me gustan los hombres como tú. Ayer vinieron dos tipos a proponerle ingresar en no sé qué negocio. Hablaron de muchos miles, y como te tomaban por muerto, Pike prometió enrolarse con los demás. Quedaron en volver hoy por la respuesta. Cuando os he abierto creí que eran ellos. Eso es todo.

—Celebro que hayas dicho la verdad. Ahora nos proponemos

esperarles nosotros, sorprendiéndoles. ¿Comprendes? Hemos de enterarnos qué se traen entre manos. ¿Te importa? —terminó John, ofreciéndola un cigarrillo.

—Aunque me importara, sería lo mismo —contestó Eva con desenfado—. Eres un hombre de esos que hacen siempre lo que se proponen. ¿Tu amigo es mudo?

—No. Le gusta hablar poco y observar mucho. Cuida de no enamorarte de él. Es muy duro para con las mujeres —bromeó Strague.

—No le hagas caso —intervino Larry—. Creo que vosotros sois seres de carne y hueso y no os atribuyo más virtudes que las que suelo tener yo, que son muy pocas.

La conversación se animó con las desenfadadas palabras del joven y pronto, bordeando siempre la ironía, se estableció un juego de frases ingeniosas sobre el amor, que regocijaba grandemente a John Strague. Bebieron de nuevo, y como se acercara la hora del mediodía, la dueña de la casa dijo:

—Comeremos juntos, si os parece. En la nevera tengo unas conservas y con ellas nos arreglaremos.

Y salió de la estancia en dirección a la cocina.

—Peligrosa, Larry; guárdate de ella. Es de las que llevan a los hombres a la muerte. Pike no se hubiese atrevido nunca a lo que hizo. Eva debía de excitar sus ambiciones.

—Creo que tienes razón; pero, no obstante, hay algo en esta mujer que me atrae y me intriga. Esos ojos...

—Morfina. Ni más ni menos. Sin embargo, debe estar empezando, pues apenas si se le notan los síntomas. Me da la sensación de una principiante que tuviera miedo a la droga... —aclaró John.

—¡Pobre muchacha! —se condolió Larry por todo comentario.

Eva Medway, que entraba en ese momento, dijo:

—Podíais ayudarme a prepararlo todo. No me gustan las faenas de la casa.

—Eso se llama claridad. Voy contigo —respondió el «boss»—. Tú quédate aquí, Larry. Conviene que esté uno siempre cerca de la puerta.

Cuando el joven se quedó solo no pudo menos que sublevarse ante la idea de que, seres como los que acaban de desaparecer,

estaban sembrando un caos moral en su patria, sobre todo con el juego y las drogas. Eva, pasados unos años, convertida su belleza en una ruina física terminaría en la cárcel, en el hospital o en el manicomio. Pero no era ella lo más importante, ya que su alma estaba encenagada, sino la muchedumbre de americanos que, por un gramo de opio o heroína bajaban más y más la senda, del delito, hasta encontrarse de lleno en el crimen. Aun cuando el

F. B. I.,

le proporcionó abundantes aventuras, siempre envidió la abnegada labor de los Servicios de Estupefacientes, y he aquí que ahora se encontraba en Chicago para descubrir la cabeza visible de una vasta organización que estaba infestando de drogas al país.

Apenas había terminado de encender un cigarrillo, cuando le llamaron desde dentro para comer. Lo hicieron con brevedad, sin apenas cambiar palabra, y John Strague se tendió en una de las camas. Larry no acostumbraba dormir después de las comidas.

—No te preocupes. Si llaman, yo te avisaré.

El joven se alegró de la decisión del «boss». Había concebido un plan audaz.

Sentada en el sofá, junta a Eva, comenzó a mostrar un extraño nerviosismo, un mal humor creciente.

—¿Qué te pasa? —le interrogó la mujer.

—¡Nada! —Fué la seca respuesta.

Hurgó en su americana, depositando en la mesita de centro un buen puñado de billetes de mil. Ella insistió:

—¿Quieres decirme de una vez qué es lo que buscas?

—La caja de ampollas. Estoy echando ya de menos una inyección. No puedo vivir sin la morfina.

Eva acercándose mucho a él, le respondió:

—Yo no puedo dártela, porque aún no me la han traído y antes de que vinierais me puse la última.

—¿También tú?

—Sí, pero muy poca. Mis ingresos no me alcanzan para obtenerla.

Larry sentía sobre sí el roce de la sedosa cabellera de la muchacha y sus sentidos se enervaban en el delicioso perfume. En su cerebro, ajeno, no obstante, a la femenina seducción, repiqueteaban las palabras: «Aún no me la han traído». ¿Serían sus

proveedores aquellos individuos a quienes esperaban? Habló:

—En Nueva York me la proporcionaba admirablemente, pero aquí he llegado hace unos días y apenas si conozco a nadie. Me han dicho en el «gang» que tienen monopolizada la droga y que no se puede adquirir donde se quiere. Precisamente pensaba abordar la cuestión con el «boss». Él tiene que conocer sitios.

—No te preocupes. Cuando quieras, vienes a buscarme y te presentaré buenos amigos. Eres muy guapo, para que yo te vea pasar malos ratos.

Y la mano de Eva se posó, acariciadora sobre la garganta del hombre, que la atrajo hacia sí, diciendo:

—Concibo que Pike Walmut estuviese loco por ti. ¿Tienes un pitillo?

Ella se levantó hasta un pequeño mueble-bar, de uno de cuyos compartimientos sacó una caja artísticamente labrada. El joven tomó un cigarrillo turco, que encendió. Luego, audazmente, habló a Eva:

—Escúchame. Antes, cuando entramos, preguntaste a mi compañero si yo era mudo. Lo que me sucedía es que te estaba admirando en silencio, a mi sabor. Ya sé que es muy prematuro lo que te digo, pero no acostumbro perder el tiempo y me gustas. Pike no tenía inteligencia y yo sí. A mi lado no te faltará nada. ¿Quieres que ocupe su puesto?

La mujer, sonriendo diabólicamente, se apretó más contra él, suspirando:

—Lo estaba deseando desde que entraste.

Y el tono de su voz parecía sincero.

Entonces, Larry comenzó a hablarle de una vida imaginaria en Nueva York, de «boss» de un «gang» del sindicato de juego, y como, fichado por la Policía, había decidido «mudarse» a Chicago, ingresando en la banda de Strague, de donde era segundo. Habló de miles de dólares con facilidad extraordinaria, refiriendo cómo empezó a tomar la droga.

—La vida me hastía, Eva. Para mí, no tiene más atractivo que la aventura. Por el ansia de probar de todo comencé a inyectarme y ahora no lo puedo dejar. Sé que esto acortará mi existencia, pero merece la pena vivir en un paraíso, aunque sea artificial.

Pasaron las horas, y próximas las siete de la tarde, entró John

Strague.

—He dormido como un tonto. ¿Sin novedad?

—Sí; me temo que esos tipos no aparezcan.

Y como si quisieran demostrarle lo contrario, el timbre sonó por tres veces.

—Ve a abrir —mandó el «boss»—. Tengo una idea. Ya te la explicaré, Larry, pero déjame hacer.

—¿No os escondéis? —inquirió la joven.

—No, preciosidad. Diles que pasen.

La muchacha salió, regresando a poco acompañada de dos sujetos de pésima catadura, los cuales, sorprendidos al ver allí a Larry y a John, llevaron sus manos a las fundas sobaqueras. Las palabras de Strague les tranquilizaron:

—Dejad quieta la «ferretería». Pike Walmut ha muerto y yo soy el jefe, al que todos suponían «liquidado». Los negocios andan mal y me interesa lo que podáis decirme. Soy poco amigo de perder el tiempo, así es que desembuchad.

Los recién llegados se habían sentado, mirando con recelo a las otras habitaciones. Larry se decidió a convencerles de que no les preparaban ninguna traición.

—No seáis tontos —dijo—. De querer suprimiros, lo hubiéramos hecho ya.

—De acuerdo —respondió el que parecía llevar la voz cantante—. Siento que Pike haya muerto, pero me entenderé con vosotros. El jefe necesita hombres. Tiene controlado, casi sin excepciones, el «gangsterismo» de la ciudad. Somos cientos a sus órdenes. No es mucho el trabajo y se nos paga maravillosamente. Los «gangs» de Breek y Waring ingresaron hace unos días en nuestra organización. La propuesta que os hago es la siguiente. Trabajaréis con independencia en los asuntos que se os encomendarán, percibiendo un mínimo de doscientos semanales y el veinticinco por ciento de la operación realizada, para repartir entre vosotros. Tú mandarás en tus hombres y no reconoceréis otra autoridad que la del «boss» nuestro, que es el que transmite las órdenes del jefe.

—Ya empiezo a ver claro todo esto, amigos —repuso John Strague, mientras sacaba velozmente la «Germán Luger»—. ¡Si movéis un dedo os juro que os mato! Desde hace mucho tiempo hay en Chicago un delator que ha hecho diezmar con sus traiciones

todas las bandas. Comprendo la maniobra. Hacer imposible las vidas de los demás «gangs» para que los hombres, hartos de peligros, se avengan a trabajar con vosotros. Un monopolio de fueras de la ley. ¡Sois un hatajo de traidores!

La voz de John vibraba en mal contenida cólera. Eva Medway le contemplaba con asombro y Larry Curwood estaba pronto a intervenir, pero no era necesario, porque los dos «gangsters», respirando afanosamente, no separaban su vista del negro orificio de la pistola.

—Por una delación vuestra estuvieron a punto de matarme. Y ahora vais a cantar de plano lo que necesito saber. Con John Strague no se juega impunemente. Ata a ése, Larry.

El joven obedeció, usando los gruesos cordones de una de las cortinas, y entonces el «boss», enfundando su arma, ordenó de nuevo:

—Cóglele bien, por detrás. Que no se caiga.

Larry así lo hizo y el puño de John salió disparado hacia la mandíbula del «gángster», de cuya boca comenzó a brotar la sangre. Repitió varias veces, hasta dejar al hombre medió inconsciente. Le preguntó:

—¿Dónde os reunís?

—No te preocupes —sonó una voz a su espalda—. Yo te llevaré hasta allí.

John y Larry giraron rápidamente la vista. En la puerta había otros dos individuos que empuñaban grandes «*Parabellum*». Hacer el menor movimiento equivalía a suicidarse.

La situación había cambiado y a los pocos segundos, los dos amigos pasaban al interior de un negro automóvil, donde, bajando las cortinillas, fueron atados y amordazados. Larry, antes de abandonar la casa de Eva, se dio cuenta de cómo uno de los sujetos facilitaba a la joven un pequeño paquete. Sin duda era la morfina.



Golpeó brutalmente al «gangsters»...

Para el hombre del
F. B. I.,
la situación, aunque peligrosa, no podía ser más interesante.
Aquellos «gangsters» les llevaban al cuartel general del misterioso
jefe y, casi seguro, organizador del contrabando de drogas.

Miró por la ventanilla. El automóvil corría ahora por el paseo de la orilla del lago, dirigiéndose hacia el Norte, buscando las afueras de la ciudad.

Ya era completamente de noche, cuando penetraba en el campo. Larry sintió, de pronto, que le raspaban una manga y luego un ligero pinchazo. ¡Acababan de inyectarle algún narcótico! Se le doblaron las rodillas y su cerebro comenzó a sumergirse en la oscuridad. Perdió el conocimiento.

No supo cuánto tiempo permaneció en la inconsciencia. Al recobrar los sentidos, con un dolor intenso en las sienes, tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para mirar en derredor suyo. Estaba en una habitación abovedada, con los pies sujetos en un cepo de madera y las manos atadas tan fuerte, que le producía dolores insoportables. A su derecha vio un bulto y llamó:

—John..., John...

Como no obtuviera respuesta pensó en si aquellos miserables le habrían matado. Insistió de nuevo:

—John...

Unas palabras, dichas en tono malhumorado, le llenaron el corazón de gozo:

—¡Uf!... ¡Cómo me duele la cabeza! Esta gentuza nos ha tratado malamente.

—No lo creas —replicó Larry, medio bromeando—. Ya se han gastado un buen puñado de dólares en nosotros. La morfina está muy cara.

En un segundo, la verdad de lo sucedido se mostró claramente a los ojos de Strague.

—Ahora me lo explico. Nos han dormido, para que no sepamos el camino. ¿Puedes desatarte?

—Respirarla. Se me están clavando las cuerdas en la carne de un modo terrible. Veremos qué deciden hacer con nosotros. Están tan seguros de que no lograremos escapar, que noto aún el peso de la pistola.

John no contestó. Poco a poco, merced a un sobrehumano esfuerzo, fué coordinando sus ideas. Se preguntó en alta voz:

—¿Cómo entrarían esos dos tipos en casa de Eva sin que les oyéramos?

—Muy sencillo. La puerta quedó entornada, sin duda

intencionadamente. Esa mujer...

El joven no terminó la frase.

—¿Qué? —interrogó Strague. ¿Supones que nos traicionó?

—No lo sé, pero no me extrañaría. Estos individuos son sus proveedores de morfina, un buen medio para tener atada a la gente.

Se abrió la puerta en esos momentos y un hombre penetró en el calabozo seguido de una mujer de unos cuarenta años, pero de expresión aviejadísima. Él, sin una palabra, puso en el suelo, entre los dos prisioneros, una bandeja con comida en frío, y ella, sentándose al lado de John, se dispuso a alimentarles, con una delicadeza un tanto pueril y ridícula.

—Gracias, abuela —dijo, burlón, Strague, mientras masticaba unos trozos de embutido.

La aludida, llevándose el índice de la mano derecha a los labios, murmuró:

—Cállese. Nos pueden oír los fantasmas.

Y en la mirada huidiza de la mujer adivinó Larry una locura progresiva, originada por los estupefacientes.

El guardián había salido, cerrando a sus espaldas. John, que la miraba curioso, dijo de nuevo:

—Aquí veo que tratan bien a la gente. Jamón, una hurí del paraíso de camarera y morfina.

La mujer se levantó bruscamente ante la última palabra. Repitió:

—¡Morfina!... ¡Morfina!...

Y sin hacer caso de los dos presos comenzó a golpear la puerta, víctima de una crisis nerviosa. La celda se abrió, apareciendo el carcelero en el umbral.

—¡Morfina! —repitió la vieja.

Pero el hombre, dándola un violento empujón, la derribó sobre Strague, diciendo:

—Cuando termines te la daremos. Primero has de cumplir lo ordenado.

Aquella mujer, envejecida prematuramente, con los ojos extraviados, miró aterrorizada al que desaparecía, y luego, temblándole mucho las manos, siguió dando de comer a Larry y a John. El espectáculo era repugnante e inspiraba lástima.

—Danos agua —pidió Strague.

El líquido, de una frescura maravillosa, terminó de despejar la

cabeza a los dos hombres, disipando su mal gusto de boca. Además, parte les cayó por el pecho, haciéndoles experimentar una grata sensación.

La mujer aporreó de nuevo la puerta, que se abrió, desapareciendo por ella luego de llevarse los restos de la comida. John comentó:

—Parece, más que una persona, un animal.

Larry no contestó, concentrado en un problema. El agua fresca tenía que proceder, forzosamente, de un manantial, pues su sabor no era como el de la ciudad: la luz vivísima, que penetraba a través del único estrecho ventanillo, y la carencia total de ruidos, le llevaron al convencimiento pleno de que estaban en pleno campo. Así se lo manifestó a Strague, que coincidió.

Pasaron dos horas y la puerta del calabozo tornó a abrirse entrando por ella dos hombres. Uno, al que John golpeó en su deseo de hacerle confesar: el otro, de expresión taimada y escurridiza que llevaba entre sus dedos dos jeringas de inyecciones.

Sin una palabra se acercaron a Larry, sujetándole un brazo. El joven se revolvió, no queriendo dejarse poner aquello, pero una voz fría le advirtió:

—Lo haremos de cualquier manera. Pégale Bender.

El aludido, incorporándose, propinó dos brutales patadas en el rostro de Larry, haciéndole sangrar y dejándole medio inconsciente.

—¡Cobarde!

Pero el picotazo había sido en el antebrazo y el líquido ya estaba dentro de su cuerpo. Strague, mordiéndose los labios de ira, no resistió.

Cuando se quedaron solos hizo un único comentario:

—Nos tendrán así varios días hasta enviarnos en la droga. Después... seremos como esa vieja. Unas piltrafas que no sabrán prescindir del alcaloide.

El sopor comenzaba a invadirles de nuevo. Larry Curwood, antes de dormirse, pensó que jamás se había visto en situación tan peligrosa. El corazón comenzó a palparle fuertemente y pronto estuvo en brazos de la pesadilla...

Mientras tanto, un hombre alto, de facciones proporcionadas portando un pequeño maletín, salía despacio, como gozando de un grato paseo, de la estación de ferrocarril de Illinois, junto al lago de

Michigan. Anduvo unos metros por la West 12 th Street, contemplándolo todo con curiosidad. Una voz, a su izquierda le sobresaltó:

—¿Taxi, señor?

—Bueno... como quiera. Lléveme al cruce de Halsted Street con el bulevar Washington.

Se apoltronó en un lujoso vehículo. En realidad pensaba haber hecho a pie el recorrido, pero no fué capaz de resistir la tentación del automóvil. Se abstrajo en sus ideas. ¿Por qué no habría ido Larry Curwood a recibirle? Le mandó un aviso desde Nueva York, confirmándole, al propio tiempo, la ayuda del Servicio de Estupefacientes.

Algo muy íntimo avisó de pronto a Adolph Lynn de un peligro. Miró a través de la ventanilla. El vehículo estaba penetrando en la parte comercial de la ciudad, precisamente hacia el lado opuesto a dónde él dijera.

Sabiéndose observado por el cristal retrovisor no contrajo ni un solo músculo de la cara. No obstante tenía que obrar con rapidez, pues necesitaba ponerse en contacto con Larry. Se decidió y en un segundo en su mano derecha aparecía un revólver con el que destruyó el cristal que separaba la cabina del conductor.

—Cambie la dirección o le meto un balazo.

La voz era fría y las manos del taxista temblaron sobre el volante. Obedeció. Adolph Lynn, recostándose en el asiento, habló de nuevo:

—Le tengo encañonado y conozco Chicago mejor que usted.

Pero no era precisa la advertencia porque el automóvil pasaba frente al Parque Garfield.

—Pare y descienda. Camine delante de mí sin intentar huir.

El hombre obedeció y Adolph le condujo a un próximo cuartelillo de Policía. Un sargento le salió al paso, pero Lynn le enseñó una chapa al tiempo que decía:

—Quiero ver al jefe. Rápido.

Sin anunciarle le pasaron a un despacho donde un hombre trabajaba detrás de una mesa. Randolp ordenó al que le acompañaba:

—Vigílenle. Tendremos que interrogarle. Déjenos solos. Luego, observando el gesto de asombro del que le observaba, se presentó:

—Adolph Lynn, agente especial del
F. B. I.,

adscrito al Servicio de Estupefacientes. Vea mis credenciales.

Mostró un carnet y varios papeles, que el Policía examinó con detenimiento. Luego, incorporándose, extendió su mano:

—Soy el teniente Mégara, de la Patrulla Volante. Celebraré serte útil.

El oficial le tendió un cigarrillo que Randolph encendió mientras hablaba:

—He llegado hace una hora a Chicago dando las señas de un amigo y el taxista me ha llevado por una serie de vericuetos, internándose en el barrio comercial. Quisiera charlar con ese hombre. Es muy extraño.

El teniente pulsó un timbre y ordenó a un policía:

—Que traigan al detenido.

A los pocos segundos apareció el conductor del «taxi» en cuyo rostro se veía el temor. Adolph Lynn habló muy despacio:

—Escucha. Te has metido en un mal asunto. Lo mejor será que digas lo que sepas. ¿Por qué me llevaste en dirección contraria a la que te indiqué?

—Me desorienté, señor —repuso el hombre.

El agente especial, se incorporó bruscamente. Sus ojos habían adquirido la dureza del acero. Cogió brusco por la solapa al individuo y acercando mucho su rostro dijo:

—¡Mientes! Di la verdad o te pesará.

El taxista, sugestionado por el brillo de la mirada, repuso:

—Verá, señor. Esta mañana se acercaron a mi dos hombres ofreciéndome cincuenta dólares por engañar a un viajero que llegaría a la estación de Illinois. Se trataba de una broma de unos amigos. Les creí. Además era un dinero ganado honradamente. Me dieron señas personales ordenándome el sitio donde le esperaría. Se marcharon pagándome, no sin antes tomar el número de la matrícula. Intentaba obedecerles cuando usted me amenazó con un revólver. Eso es todo.

—¿Dónde ibas a llevarme?

—A un garaje de la calle Marquet en el número doce. Penetraría allí con coche y todo.

Las palabras del hombre respiraban sinceridad. Ignoraba que

después de efectuado el rapto le matarían para quitarse de en medio un testigo peligroso.

Adolph Lynn, incorporándose, dijo al teniente:

—Creo oportuno hacer una visita a ese garaje, utilizando el coche de esté hombre. ¿No le parece, Mégara?

—Desde luego.

El oficial dio unas órdenes y a poco el «taxi» partía veloz en la dirección indicada. Dentro, agazapados, iban cuatro hombres con pistolas ametralladoras, y muy erguido el agente especial. Conducía el teniente.



Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
hermana gemela de la arrolladora
Colección F. B. L.

IV



STA gentuza nos va a convertir en enfermos!... ¡Si yo me pudiera desatar! —vociferaba John Strague sin poder librarse de las ligaduras y con el rostro enrojecido de cólera.

—Domínate —fué la fría respuesta de Larry Curwood—. El morfinómano es muy irritable cuando le falta la droga... como a nosotros.

El hecho era cierto. Llevaban diez días sometidos al alcaloide y los dos amigos hubieron de confesar que veían con gozo la entrada de sus verdugos en la celda. Al agente especial el solo recuerdo del tóxico le hacía sentirse feliz. Comentó seco:

—Cuando salgamos de aquí, si lo hacemos con suficiente voluntad para ello, habremos de ponernos en manos de los

facultativos. Yo no podría vivir sin la droga.

—Ni yo, ¡maldita sea! —reconoció el «gángster» bajando la cabeza avergonzado.

En ese instante se abrió la puerta apareciendo en ella dos hombres que, sin palabras, procedieron a desatar a los presos.

—El jefe quiere veros. Seguidnos.

—Espera un poco que nos podamos mover. Las cuerdas estaban demasiado prietas.

Efectivamente, en las muñecas de John y de Larry había unos profundos surcos morados.

Los jóvenes, mutuamente, se frotaron con energía manos y pies caminando unos segundos por la celda y luego dijeron:

—Cuando queráis.

Iba primero el individuo que había hablado, luego los detenidos y por último, cerrando la marcha el otro «gángster», armado con una monumental «*Parabellum*». Recorrieron varios pasillos, ascendiendo pequeños tramos de escalera, deteniéndose al fin, en un pequeño vestíbulo donde les registraron cuidadosamente, quitándoles las armas por vez primera:

—Ahora que tenéis sueltas las garras hay que privaros de los dientes.

Larry Curwood se sonrió frío, mirando a su compañero que había apretado las mandíbulas con ira. Si no se abrieron antes paso a tiros fué porque el agente especial deseaba calar hasta el fondo las raíces de la organización. John le había prometido no tomar por sí la iniciativa.

Les metieron en una especie de sala de recibir, amueblada con un tresillo. Larry, oprimiendo ligeramente el brazo de Strague, habló a los «gangsters» que no les perdían de vista:

—Bueno, amigos; creo que ya es hora de que hablemos claro. ¿Qué os traéis debajo de tanto aparato? A nosotros nos gusta que nos hablen clarito.

—Ahora os lo dirá el «boss».

—Pues que lo haga pronto. Empiezo a necesitar la morfina. No es bonito habituar a un hombre y dejarle luego sin ella. ¿Qué es lo que pretendéis?

—Ahora mismo vas a saberlo —dijo una voz desde la puerta.

Había entrado un individuo alto, de porte atlético y que tenía

una profunda cicatriz en el rostro. Los dos «gangsters» se levantaron respetuosos, pero John y Larry permanecieron sin moverse.

El recién llegado hizo un leve movimiento de cabeza y los hombres que custodiaban a los prisioneros salieron, respirando con alivio. Bien a las claras se veía que les causaba terror la presencia del «boss», cuya mirada revelaba crueldad. Se sentó, ofreciendo cigarrillos que Curwood y Strague aceptaron. Necesitaban algo que les calmase los nervios. Hubo una larga pausa mientras fumaban. Los tres hombres se medían las fuerzas en aquel silencio.

—Me gusta vuestro modo de ser, muchachos, aunque puede traeros serios disgustos. Aborrezco a los que se comportan como gentes asustadizas.

—Nosotros acostumbramos tomar las cosas como vienen —intervino Larry—. En definitiva lo mismo da morir ahora que luego.

—Sin embargo, hay distintas clases de muerte.

—El final es el mismo —remató el agente del

F. B. I.,

frotándose ostensiblemente las torturadas muñecas.

El «boss», abandonando rodeos, se dispuso a atacarlos por el camino recto.

—Escuchadme. Sé de vosotros más de lo que os imagináis. Os hago una proposición concreta. Trabajad para mí. No os pesará. Buenos beneficios, vida en Chicago y pocos riesgos. Si no...

—¿Qué?

—Volveréis a la celda para el resto de vuestros días.

—La elección no es dudosa, ¿verdad, John? ¿Quién nos facilitará la morfina?

—Ya os lo indicaremos. Lo esencial es que aceptéis obedecer las órdenes que os dé vuestro jefe inmediato. Doscientos semanales y gratificaciones extraordinarias por cada operación.

—Hace —afirmó Curwood—. En definitiva lo mismo da trabajar para uno que para otro. Lo esencial es vivir bien.

—Entonces no hay nada que hablar. Os advierto que las traiciones las castigo con la muerte.

Y el individuo, sin una palabra más, abandonó la estancia. John Strague fué a hablar, pero leyó en los ojos de su amigo una clara orden de guardar silencio. Larry comentó jocosamente:

—Hemos salido mucho mejor de lo que suponíamos. Te aseguro

que no contaba con vivir. Ese tío alto de la cicatriz debe ser un mal enemigo.

—Sí —comentó seco Strague.

—Estás molesto por lo de la morfina. No te preocupes. Dentro de poco tomaremos la que se nos antoje. Por lo visto podemos considerarnos en libertad. Vámonos de aquí. Me gustará conocer la casa.

Salieron al «hall». Uno de los «gangsters» que les llevó a la presencia del «boss», les dijo:

—Hola, amigos. Me llamo Karen Dillard. Celebro que seáis de los nuestros. Hemos de regresar inmediatamente a Chicago.

—Me alegro. Ya estoy harto de esta conejera —barbotó Strague cuyo mal humor se acentuaba por momentos.

Les devolvieron las armas. John miró a Larry, pero su rostro estaba inescrutable.

Al fin desembocaron en un gran patio, rodeado de distintos cuerpos del edificio. Un negro «Studebaker» les aguardaba. Dentro del automóvil había dos hombres.

—Tomad —les dijeron ofreciéndoles sendas jeringas cargadas—. Para que podáis resistir el viaje.

El agente del

F. B. I.,

sabía que «aquello» sumiríales en la inconsciencia, pero aparentó no sospechar nada diciendo con cara alegre:

—Ya era hora.

Y sin duda bajó ligeramente el pantalón inyectándose en uno de los muslos. John, con más placer, le había imitado.

Sintieron que el automóvil arrancaba y después sus cabezas se doblaron en un sueño embrutecedor...

Cuando despertaron estaban tumbados en dos camas de una misma habitación. Larry, que fué el primero en levantarse, penetró en el cuarto de baño. Una ducha fría le serenó la cabeza. Se vistió, asomándose a una de las ventanas. El tráfico de la ciudad era intenso. Registró el departamento. No había nadie sino ellos. Una vez que se hubo convencido, habló:

—No pongas esa cara, John. Nunca has estado más cerca de consumir una venganza. Dentro de sus propias filas, conociendo sus métodos, nos será fácil pagarles con la misma moneda que ellos han

utilizado. Hemos de pensar seriamente también en nuestro trabajo de desintoxicación.

Sacó un pequeño sobre de la cartera golpeando los zapatos contra el suelo, en el que había puesto un periódico.

Cayeron unas partículas de tierra adheridas a unos profundos surcos del piso de goma.

—¿Qué haces?

—Ya lo ves. Es posible que esto nos sirva para localizar el lugar donde nos tuvieron encerrados, cuartel general de los que tú tanto odias.

Unos discretos golpes les interrumpieron.

—¡Adelante! —Autorizó Strague.

Entró un camarero el cual, luego de interesarse por su descanso, dijo, entregándoles una carta.

—Sus amigos me indicaron que les despertase a las once, dándoles esta nota. ¿Quieren desayunar los señores?

—No, gracias, lo haremos fuera.

Una vez solos leyeron:

«Debéis ocupar esa habitación hasta tanto no haya orden en contrario. No os preocupéis por la cuenta que ha sido satisfecha por un mes. Dijimos al portero que os habíais mareado por exceso de ginebra. A las nueve de la noche debéis estar en el “*night-club*” de la 1ª Street, frente a la antigua Cámara de Comercio. Allí recibiréis órdenes».

No llevaba firma. Larry Curwood comentó burlón:

—El ayo nos deja todo el día en libertad. ¿Qué te parecería, John, si hiciésemos una visita a mi hermana? Debe estar con cuidado.

—Estupendo; mas antes iremos por mi coche.

Así lo hicieron, luego de tomar unos «sándwiches» en un bar automático. A poco paraban frente al hotel de los Curwood, cuya verja hallábase abierta. El criado les miró con asombro primero y alegría después:

—Señorito, temí que le hubiese ocurrido algo.

—Ya ves que no, Daniel. ¿Está mi hermana?

Pero ya la joven bajaba velozmente la escalera abrazándose a

Larry. Después de pasada la primera efusión de cariño, la muchacha volvióse hacia Strague, preguntándole:

—¿Y usted, se encuentra bien?

—Sí, Edith, gracias a sus cuidados.

Mientras subían las escaleras que llevaban a la biblioteca, la joven informó a su hermano de todo lo sucedido:

—Anoche vino papá y tuve que decirle el tiempo que llevabas sin venir por casa. Se enfureció terriblemente. Creí que te había sucedido algo. Prepárate luego a una buena bronca. Ha venido a verte un antiguo compañero de la Universidad, un tal Lynn. Me ha dicho que todas las tardes sobre las cinco va a tomar el té al Club Calumet. Y... nada más. Ahora cuéntame qué ha sido de tu vida.

—John se empeñó en que trabajara y he andado con él por varias ciudades representando casas. Da buenos ingresos y estoy decidido a continuar —después, variando bruscamente de conversación preguntó:

—¿Está papá?

—Sí; aún no ha salido de sus habitaciones. Parece profundamente disgustado.

—Os dejo solos. Voy a contentarle.

Una vez que se hubo marchado, Edith, que estaba encantadora con un primoroso vestido de mañana, dijo a John, mientras le envolvía en una deliciosa mirada:

—Gracias. No me equivoqué en suponer en usted un buen amigo. Que Dios le pague lo que ha hecho por mi hermano.

Strague se sonrojó aplastando nervioso su cigarrillo contra un cenicero de plata. Murmuró:

—No hablemos de eso.

Pero Edith insistió otra vez:

—Para mí es muy importante. Está usted comenzando a regenerar a un hombre.

John se puso bruscamente en pie, incapaz de resistir el brillo de aquellos ojos dulces. Exclamó desconcertado, fuera de sí:

—¡Cállese! ¡No sabe lo que dice!

La joven le contempló unos segundos con asombro. Luego, inclinando la cabeza, repuso:

—Perdóneme. No quise molestarle.

John Strague luchaba con unos sentimientos que le estaban

royendo el corazón. Sentóse junto a Edith y la dijo:

—Tiene usted formado un falso concepto de mí.

—No lo creo. Sus ojos hablan de honradez y de valentía.

—Pues se equivoca. Escúcheme. No sé qué es lo que me mueve a decirle algo que me va a cerrar para siempre las puertas de su casa, privándome de su amistad, pero no quiero que siga engañada. Yo soy un «gángster», uno de esos hombres que siembran el terror por dondequiera que pasan. Cuando me encontré me habían herido después del fracasado asalto a un Banco. Pude engañarle porque es usted buena.

La respiración del hombre era agitada. Veíase el gran esfuerzo que le costaba hacer la confesión. Continuó explicándole lo sucedido, la amenaza de Larry con denunciarle y la aventura en que estaban metidos.

—Ahora sólo nos guía la venganza —terminó—. Yo le prometo que velaré por la vida de su hermano.

Aunque Edith conocía la identidad de su interlocutor no pudo menos que sentirse enternecida ante el noble rasgo de éste. Murmuró:

—Prométame una cosa, John.

—¿Cuál?

Ella, alzando ligeramente la cabeza, mostró su rostro surcado de lágrimas:

—Que abandonará esa vida. Se lo pido.

Strague sintió unos inmensos deseos de besar aquella boca, más se contuvo. Un nudo extraño de le atravesaba en la garganta. Era inútil negarlo. ¡Estaba enamorado de Edith! Balbució una excusa que la muchacha no le dejó terminar:

—No, John. Nunca es tarde para rectificar una existencia de errores. A cambio de su promesa seré su amiga. ¿Qué me contesta?

—Que lo intentaré. Es usted muy generosa conmigo.

—Le invito a dar un paseo por el jardín. Calculo que la conferencia de Larry con papá será larga.

Pero se equivocaba porque el joven entraba en ese momento, satisfecho de la entrevista:

—En cuanto le dije que estaba trabajando, el viejo se amansó. Me ha despachado porque le duele la cabeza. Nos quedaremos juntos a comer, John. Primero tomaremos el aperitivo en casa y

después... ¡velada familiar! Si os atrevéis os desafío a un partido de tenis.

—Aceptado, hermano —dijo Edith, pero seremos dos contra dos, porque he dicho a Mirna Stowe que venga.

—De acuerdo. Nos cambiaremos de ropa. Ven conmigo, John. Por fortuna tenemos la misma estatura.

El «gángster» pasó una mañana deliciosa junto a Edith, que le trataba de igual a igual y que por dos veces se apoyó en él para no caerse. La linda Mirna, juvenil y desenvuelta, contribuyó a crear un ambiente cordial.

Jugaron al tenis en el pequeño campo rodeado de una alta red, sin concederle demasiada importancia al partido. Luego, sentados en torno a un velador, bajo un frondoso árbol, fumaron mientras lentamente iban sorbiendo unos combinados de cuyo secreto Daniel se mostraba muy orgulloso.

La paz y la tranquilidad del ambiente se apoderaron de John Strague que desde niño sólo conoció aventura y la incertidumbre. Sus nervios se relajaron y por primera vez desde que naciera se sintió feliz. Edith, junto a él, le prodigaba toda serie de atenciones conversando sobre mil variados temas. Mirna fué la que puso sobre el tapete el tema obligado de las reuniones juveniles, el amor, diciendo con frivolidad:

—Os confieso que estoy pasando una mañana deliciosa, sin que nadie piense en cortejarme.

—Es que mi hermano ha perdido el buen gusto —medió Edith entre las risas generales.

—No lo creas —le defendió Mirna Stowe—. Resulta muy desagradable que los hombres nos persigan con miradas o molestas insinuaciones. Es hermoso sentirse compañeros, como en este caso.

—Desde luego —terció Larry Curwood—. Yo estimo que el amor es algo muy serio para tratarse ligeramente o expresarlo en un piropo más o menos ingenioso. ¿No estás de acuerdo conmigo, John?

El interpelado quiso eludir la respuesta:

—Mis opiniones tal vez no fuesen escuchadas con agrado. Pienso demasiado cruelmente sobre el tema.

—¡Ah, pues no se libra! —intervino la impetuosa Mirna—. Tiene que contarnos esas ideas. En nuestro siglo las muchachas no nos

asustamos de nada. ¿No es así, Edith?

—Desde luego. Me interesarla mucho conocer sus impresiones, John.

—No hay escape, amigo —rió Larry—. Has intrigado a las mujeres.

Strague alzó los ojos unos segundos para mirar fijo a Edith. Después, muy despacio, pesando cada una de las palabras comenzó:

—Cuando estaba en los campos de batalla, luchando contra los japoneses, el amor a mi Patria me ordenaba dar la muerte a otros hombres que amaban a la suya también. Allí reflexioné por primera vez. El mutuo amor de los hijos de distintas naciones engendró el odio y el exterminio. Si el amor es un valor absoluto, una inclinación o afecto a persona o cosa, la pasión lo desfigura haciéndolo a veces hasta monstruoso. Y sin pasión el amor es frío, académico. Luego los humanos hemos de hacer imperfectas las cosas para adaptarlas a nuestro especial modo de comprender la vida.

John hizo una breve pausa. Mima, Larry y Edith le escuchaban con verdadero asombro. Continuó, como si no reparase en los que le rodeaban:

—Es posible que amor, odio y muerte no sean sino sensaciones idénticas fruto de una misma verdad; la de que somos incapaces de percibir íntegramente lo bello debido a nuestros corazones viciados. Por eso, siendo el amor un valor inmutable, lleva a la santidad o a la condenación. Yo no he amado nunca. La vida sólo me enseñó ambicionar lo mejor para los sentidos olvidándome que nada percibirían sin el aliento de ese algo que vive dentro de nosotros y que unos llaman alma, otros conciencia, los menos instinto... Para mí el amor que une distintas sangres, fundamento de la vida, es algo que sólo prospera al contacto del dolor, que nace, como el hijo, con un desgarró total del cuerpo y del alma. El que ama se desprende del mundo exterior porque busca una meta inmaterial y, sin embargo, para ello, por ese sentido imperfecto que tenemos de la belleza, utiliza unos medios no siempre lícitos: ambiente, riqueza, sugestión, frivolidad. Sucede que en la mayoría de los casos, por falta de sinceridad, uno de los que componen el matrimonio quiere menos que el otro y las almas no pueden fundirse hasta el fin de la vida.

—Entonces para usted, ¿no existe la felicidad en el amor? —
inquirió Mirna.

—Sí, pero con entrega, con renunciaciones, con sacrificio. Para mí el amor es un sentimiento brutal por el que se puede matar al ser amado, por el que se puede morir...

—Toda una lección de filosofía, John —insinuó Larry.

—No lo creo. Nunca pude estudiarla. Una realidad cruda, pero para mí, absolutamente cierta.

Edith miraba en silencio a aquel hombre extraordinario. La llegada de Daniel les interrumpió en el interesante diálogo, anunciando que la comida iba a servirse dentro de quince minutos y todos fueron a vestirse a sus respectivos cuartos.

Solos en el suyo, Curwood habló:

—Mucho has debido sufrir, John.

—No lo creas. Es ahora cuando estoy empezando.

Larry no comprendió la enigmática respuesta y ya en el lujoso comedor la conversación se generalizó. El viejo padre de los muchachos era simpático y cordial y la velada transcurrió en un ambiente pleno de simpatía...

Adolph Lynn, en su mesa del Club Calumet, aguardaba impaciente, como tantas otras tardes, algún mensaje de su amigo. No gustaba de llamar a la casa por teléfono para que no le relacionaran para nada con Larry Curwood. Sin embargo, necesitaba localizar al agente especial a fin de recibir órdenes y trabajar en la misión que le había sido confiada. Por eso su alegría no tuvo límites al ver cómo se le acercaba. El rostro frío del recién llegado le indicó, una medida de prudencia y contuvo su júbilo. Larry se sentó a su lado sin pronunciar una sola palabra, Adolph murmuró entonces:

—Bien venido.

—Hola, Lynn. Todas las precauciones son pocas. Deseo que nos tomen por simples conocidos. Cuéntame cosas.

El hombre del Servicio de Estupefacientes le refirió lo que le aconteciera, terminando:

—No necesito decirte que cuando fuimos al garaje, no era tal sino la ancha puerta de una casa de vecinos los cuales encierran sus coches en un patio protegido por cristales. Allí no había nadie. Era indudable que estaban enterados de mi llegada.

—Muy interesante. Yo estoy en la verdadera pista del «trust» del contrabando que perseguimos. Soy un «gángster» a su servicio. ¿Me das lumbre?

Como Larry no se incorporó Adolph se vio obligado a adoptar una postura, forzada. Se quedó asombrado al oír:

—Te he metido en el bolsillo un sobre con una muestra de tierra. Envíala a Washington con el encargo de que procuren fijar el Estado a que pertenece[1]. Además te incluyo una relación de mi aventura hasta el presente, que pondrás en clave mandándola con suma urgencia. Solicita, además, antecedentes de un individuo que dice llamarse John Strague. Todos los días espérame a esta misma hora. ¿Ya has puesto en contacto con nuestra oficina de Chicago?

—Sí.

—Mantén la comunicación. Es muy probable que tengamos que actuar rápidamente. Antes necesito saber muchas cosas. Fuera de aquí no nos conocemos. Guárdate, Lynn, y tira a matar.

—De acuerdo, Larry. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No lo sé, pero frecuenta, como un desocupado o un vicioso, al «night-club» de La Salle. No intervengas en nada, sino en casos desesperados. Creo que es uno de los puntos de reunión de los traficantes. Y ahora he de marcharme.

Sin estrechar la mano del amigo, el agente especial se levantó, y con una ligera inclinación de cabeza, salió del local. Detuvo a un «taxi», diciéndole:

—A Sesenta y Siete th Street, frente al Parque Morrell.

Habíase citado con Strague en casa de Eva Medway, la que fuera amante de Pike Walmut. Cuando llegó, les encontró discutiendo.

—¿Qué os pasa? —inquirió.

—Que esta tonta —repuso John— se empeña en convencerme de que no estaba de acuerdo con los tipos que nos cazaron.

—Es posible que diga verdad, aunque yo vi cómo le entregaban un paquete.

—Era morfina. Todos los días viene alguno a traérmela. La pago en buenos dólares, y en paz.

Morfina... MORFINA...

En el cerebro de los dos hombres se agigantaba la palabra. Strague, olvidándose de su actitud hostil, preguntó, ansioso, a la muchacha:

—¿Te queda aún?

—¡John! —gritó Larry, sobreponiéndose.

El aludido, golpeándose la cabeza, barbotó:

—¡Malditos sean! Y esta perra tiene la culpa de todo.

—No seas ciego. Eva es sólo un Instrumento en manos de seres sin escrúpulo. ¿Me das un cigarrillo?

La muchacha accedió gustosa, dirigiendo al joven una penetrante mirada. Preguntó:

—Antes dijiste que nos llevarías a un sitio donde nos proporcionarían la droga. ¿Cuál es?

—Un «*cabaret*» de La Salle. Yo voy allí todas las noches.

—Mira, niña, hablemos claro. Estamos trabajando ya para el mismo «gang» que tú. Así que trátanos como a compañeros y danos de beber.

—Me alegro de lo que dices. Veo que sabéis lo que os conviene. ¿Habéis leído los periódicos?

—No.

—Pues toma La Tribuna. Los más importantes «gangs» han sido aniquilados y muertos sus hombres. La Policía trabaja con una actividad febril.

Los dos amigos se miraron con un mutuo gesto de comprensión.



¡INTRIGA! ¡EMOCION! ¡AMOR!

Encontrará usted en la magnífica Colección

EXTRAORDINARIA DEL OESTE



ALLABASE el «*night-club*» lleno de un público heterogéneo compuesto por seres de todas las capas sociales. Allí estaban desde el millonario que busca sensaciones hasta el aventurero, pasando por el comerciante, el jugador y el toxicómano. La sala presentaba un brillante aspecto, debido a los numerosísimos trajes de noche de las señoras y de los caballeros.

El «*cabaret*» nocturno, regentado por un italiano, tenía un marcado sabor europeo en la decoración, en la que predominaban los espejos, como artísticas cornucopias. La sala era amplia, con una encerada pista central que convertíase, de vez en vez, en escenario bajo potentes focos de luz anaranjada. Las mesas, increíblemente

juntas, ocupaban el resto del local, y al fondo, una orquesta de negros interpretaba ritmos modernos.

Cuando John Strague y Larry Curwood penetraron en el establecimiento, eran las once de la noche. Con ellos, Eva Medway, con un largo traje azul muy escotado y sin mangas, que realzaba aún más, si cabe, su belleza de tigresa.

Se sentaron, pidiendo champaña; pero, cuando se disponían a tomar la primera copa, un camarero se acercó a Larry, diciéndole unas palabras en voz baja.

—Te dejamos, querida —habló Curwood—. El jefe nos necesita.

Los dos jóvenes se dirigieron hacia una puerta lateral, que franquearon, para alcanzar un pasillo. Sin vacilar, y con paso firme, lo recorrieron, alcanzando un despacho, donde estaban reunidos varios hombres. Detrás de una mesa, el individuo alto, de la cicatriz en el rostro. Les saludó con un leve movimiento de cabeza:

—Sentaos —les dijo alguien a su derecha.

Obedecieron. El «boss» daba órdenes en tono tajante:

—El grupo será integrado por Kent, Jones, Shelton, Austen, Larry Curwood y John Strague, vuestros nuevos compañeros. Lo mandará Perry Bender. No podéis fracasar. Esto es todo. Partiréis ahora mismo.

El «gángster», constituido en jefe del grupo, indicó:

—Salid uno a uno por la puerta trasera. Sólo utilizaremos un automóvil y Kent lo conducirá.

A los pocos minutos, un «Studebaker» volaba por el paseo de la costa del lago, abandonando la ciudad. El silencio más absoluto reinaba en el interior del vehículo.

Cruzaron frente a pequeñas casas de campo, y a la media hora de camino, *Ferry Bender* dijo al que iba al volante:

—Tuerce por la derecha.

La carretera, en efecto, se bifurcaba entre árboles. El automóvil, pese al maravilloso ballestaje, vibraba por las pésimas condiciones del terreno.

—Para. Escóndelo a la izquierda y cierra bien.

—¿Sacamos las ametralladoras?

—No. Dejadlas donde están.

Los siete hombres caminaron unos minutos. Descendían por un sendero bordeado de espinos. La luz de la luna iluminábalo todo

tenuemente. Llegaron al fin junto al lago Michigan. Allí les estaba esperando una amplia canoa, con un hombre al timón.

—¡Hola, Mantling! —saludó Bender al que les aguardaba.

El otro contestó con un gruñido, inquiriendo:

—¿Dónde otras veces?

—Sí.

La embarcación se puso en marcha. Perry sacó de un rincón tres ametralladoras ligeras. En popa iba, fija, otra de grueso calibre.

Todos se acomodaron para un largo paseo. Larry Curwood vio cómo Shelton se administraba una inyección. Se estremeció. Fué algo impensado:

—¿Tienes más? Luego te la devolveré.

El aludido, en silencio, le tendió la Jeringa y una ampolla. El joven, con mano nerviosa, lo preparó, aunque poniéndose sólo media dosis. John Strague, a un paso de él, sin decir palabra, mordíase los puños con ira.

Larry sintió que sus fuerzas aumentaban, notándose feliz, optimista. Perry Bender había contemplado sonriendo la escena.

La canoa rugía, avanzando milla tras milla. John consultó su reloj de pulsera. Eran las dos de la madrugada. De pronto, Martling paró el motor. Cuatro remos surgieron y otros tantos hombres se aferraron a ellos durante más de treinta minutos. Alguien explicó a Larry:

—Estamos entrando en Wisconsin. En la línea fronteriza, junto al lago, hay un puesto avanzado de Policía.

Pasado el lugar peligroso, hicieron alto, reanudando la marcha a motor. Al fin, una hora después, se detenían, aguardando.

Un reflector, desde una parte de la costa, lanzó tres brevísimos destellos.

—Avante —mandó Perry Bender.

La lancha, a media velocidad, se aproximó a tierra, parando a unos escasos cincuenta metros. La luna se había ocultado tras una espesa nube. Una barca a remos acercóse y una voz bronca dijo:

—Cuando queráis.

Bender ordenó:

—Vendréis todos conmigo, menos John y Larry, que vigilarán la embarcación.

Y sin esperar respuesta, pasaron a la lancha que acababa de

llegar. Curwood, contrariado, murmuró:

—No se fían aún de nosotros.

Con un leve chapoteo de remos, los «gangsters» se alejaron.

—Tal vez nos guarde rencor por las caricias que le hicimos en casa de Eva.

Curwood golpeó fuertemente con el puño uno de los bancos de madera. Tomó una resolución, y mientras se desnudaba, dijo:

—Escucha, John. Yo me voy a ver qué es lo que hacen éstos. Mientras tanto, regístralo todo. Quizá encuentres algo interesante.

Y sin aguardar respuesta, el bravo agente del

F. B. I.,

se lanzó a las frías aguas. El contacto con el líquido elemento le despejó la cabeza de los últimos restos de la morfina. Larry había sido campeón de «crawl» en la Academia de Quántico y avanzó, rápido, envuelto en las sombras de la noche. Iba totalmente desarmado, quién sabe si en busca de la muerte.

Se detuvo. Debía estar ya muy cerca de tierra. El reflejo de varias linternas le orientó y, silencioso, braceó unos metros más hasta situarse tan cerca de los contrabandistas, que oía el ruido de sus voces.

—Con cuidado —mandaba alguien—. No le tengáis tanto miedo al agua.

—Es que no se ve nadie. No encuentro los cabos —respondieron en la oscuridad.

Un pequeño reflector entró en acción. Curwood, buceando, se acercó unos metros más, pudiendo contemplar un extraño espectáculo.

Varios hombres nadaban en derredor a grandes corchos flotantes, arrastrándolos a tierra. Desde ella, Perry Bender y los suyos tiraban hacia arriba, descubriendo un cable, que izaban hasta sacar del agua una especie de grandes botellas, recubiertas, al parecer, de cemento.

—Daos prisa. Ya estamos terminando.

Larry consideró inútil exponerse a ser descubierto y se volvió en el agua para marcharse, haciendo impensadamente demasiado ruido. Las voces callaron de pronto, y se oyó la voz de Perry:

—Enfoca el reflector.

El haz brillante de luz buscó inútilmente al agente especial, que,

entre dos aguas, se alejó a grandes brazadas.

—Habrás sido un pez. El trabajar de noche nos hace ver fantasmas —bromeó uno de los nadadores.

Mientras tanto, Larry alcanzaba la gasolinera, vistiéndose. Con el pañuelo de pecho se secó la cabeza, alisándose los cabellos con el peine. Después, sin una palabra, encendió un cigarrillo. John Strague, sin poder dominar su curiosidad, preguntó:

—¿Qué has visto? Yo, por mi parte, no he descubierto nada, a no ser armas.

—Algo muy curioso y desconcertante. El jefe es un hombre inteligente en extremo.

—¿Quién, el de la cicatriz?

—Ése no es más que una cabeza visible. Usan, para el contrabando, medios desconcertantes. Concibo que el Ejército de las Drogas fracase en sus numerosos registros.

—Explícate mejor.

—En el fondo del lago Michigan, la temperatura es siempre la misma, sobre todo en esa parte de la costa que forma una pequeña bahía. La morfina, dentro de unos depósitos insensibles a la humedad, la tienen oculta debajo del agua, utilizando unos cables que, a su vez, están unidos a unos corchos simulando rocas, para no llamar la atención. El procedimiento es bien sencillo. Cada determinado número de días, una motora se desplaza hasta aquí, recogiendo la droga, que es trasladada a Chicago para su distribución. Es posible que éste sea uno de los numerosos almacenes a lo largo del lago Michigan, desde Indiana a Mackinaw. Tal vez el tráfico en el Canadá se efectúe del mismo modo, a través del Lago Superior y del Hurón. Y el Ontario sirva para la zona que abarca desde Augusta a Nueva York.

Larry Curwood razonaba en alta voz. John Strague contemplábase con asombro. El agente especial, dirigiéndose a su amigo, habló:

—Supongo que no te aclimatarás a ser un «gángster» pagado por los mismos que estuvieron a punto de producirte la muerte. Si quieres vengarte del «Delator», habrás de ayudarme utilizando sus mismas armas.

—No te entiendo.

—Mi mayor satisfacción —prosiguió Larry— será terminar con

el vergonzoso tráfico que arruina vidas y hogares. Tú y yo sabemos hasta qué grado envicia la morfina. Hace unas horas me has visto sucumbir a la droga como un cobarde, pero no volverá a suceder. Te juro que con tu ayuda o sin ella exterminaré a estos miserables.

La voz del joven era ronca, amenazadora. Strague, pasándole una mano sobre el hombro, le dijo:

—Cálmate. Dentro de poco llegará la nuestra. Antes hemos de hacernos dignos de su confianza.

El ruido de remos les interrumpió. Perry Hender y los suyos llegaban satisfechos del buen éxito de la jornada. John y Larry ni se movieron de sus sitios, fumando, cachazudos.

—¿Qué? ¿Os habéis aburrido? —bromeó Perry Bender.

—Mientras haya tabaco, el tiempo no pesa —replicó Strague, secamente—. Lo que no me explico es para qué hemos venido. Creo que sobrábamos en el grupo.

—No lo creáis. Echad una mano.

Entre todos metieron en la motora varios recipientes pesados, recubriéndolos con lonas. Una vez terminada la operación, Perry encendió por tres veces la linterna en dirección a la costa, ordenando:

—Pon en marcha el motor, Mantling y estate atento a mis órdenes. Los demás abrid bien los ojos. Si nos cogen con este cargamento iremos a

Sing-Sing

para muchos años. Que nadie fume.

Curwood tornó a consultar su cronómetro. Eran las cuatro menos cinco de la madrugada. Tendrían que darse mucha prisa para no ser sorprendidos por el amanecer.

La embarcación surcaba las aguas del lago Michigan a toda velocidad. El piloto se volvió a Bender:

—¿Echamos los remos?

—No. Pasa como un rayo por delante de sus narices, internándote lo que puedas hacia dentro. A las cinco hemos de estar en el automóvil.

Todos, conscientes del riesgo si eran sorprendidos, avizoraban en las sombras. Kent, que iba sentado junto a la ametralladora de popa, avisó de pronto:

—Nos siguen.

En efecto. Detrás de ellos oíase el ruido de un motor. Jones, Austen y Shelton cogieron las «Thompson». John y Larry permanecieron impassibles mirando a Perry Bender, el cual gritó:

—Fuerza el motor, Mantling.

Pero la gasolinera, excesivamente cargada, no rendía lo necesario, por lo que las lanchas perseguidoras escuchábanse más cerca a cada momento.

—¡La maldita prisa lo va a estropear todo! —gritó Kent.

—¡Calla y preocúpate sólo de afinar la puntería!

El brillo de los reflectores iluminaba el agua, aproximándose a la motora. Eran dos canoas del servicio de vigilancia de la Policía, que se acercaban más y más por momentos.

Kent aguardó al instante preciso y luego la ametralladora tronó. Uno de los focos de los agentes saltó hecho añicos, mientras el otro se apagaba.

Y a unos cincuenta metros, que se acortaban a cada minuto, comenzó una batalla mortal entre los defensores de la ley y los «gangsters». Las «Thompson» vomitaban su mortífera carga y Bender, John Strague y Larry, con las pistolas firmemente empuñadas, aguardaban el instante de entrar en acción.

Como si la suerte hubiese vuelto sus espaldas a los fuera de la ley, la luna surgió de nuevo. Apenas veinte metros separaban a la embarcación contrabandista de sus seguidores. Larry maldecía la inoportunidad de la Policía. No ignoraba que los hombres que le rodeaban eran simples peones en las manos de un cerebro astuto y quería desenmascararle antes de que entrasen en acción las fuerzas gubernamentales. De cazarles ahora terminarían por unos meses las actividades, para reanudarlas con otros hombres y otros procedimientos. Había que llegar primero a la cabeza de la organización.

Shelton soltó la ametralladora y, abriendo los brazos, cayó por el lado de estribor. John Strague ocupó su puesto y, con mano segura, disparó, ráfaga tras ráfaga, contra la canoa más cercana, que viró de babor, falta de gobierno al ser alcanzado el piloto por un proyectil. En la otra gasolinera, diezmada por los numerosos disparos de los «gangsters», brotó un rayo de luz del reflector, pero John lo deshizo en unos segundos.

Las balas silbaban por todas partes y los fogonazos relucían de

modo siniestro. Jones se retorció, con las manos en el vientre, y Larry ocupó su puesto, aunque disparaba unos centímetros alto. Strague separó a Kent de la ametralladora de popa y, apretando los dientes, tiró con furia. La persecución cesó a los pocos instantes y Mantling se acercó más a la costa.

Perry Bender, inclinado sobre Jones, comprobó que ya no vivía y le arrojó por la borda. Luego, alzando la cabeza, dijo, mirando a John Strague:

—Te portaste como un valiente.

—Para eso me pagan —fué la seca respuesta.

Kent y Austen le miraban con admiración. El primero insinuó:

—Manejas bien la ametralladora.

—Aprendí a hacerlo matando japoneses. Las guerras enseñan mucho.

Callaron, y a poco, cuando comenzaba a amanecer, alcanzaban la playa. En dos viajes metieron el cargamento en el automóvil, que esta vez, bajo la experta mano de Perry Bender, emprendió el camino de Chicago. Dos minutos antes de alcanzar los suburbios de la ciudad se detuvieron, junto a un camión cargado de barriles. Desfondaron varios de ellos, preparados expresamente, introduciendo las vasijas de la morfina, y despacio, dieron escolta al género, que, sin despertar sospechas de nadie, fué transportado al interior del «*night-club*» de La Salle.

El jefe de grupo ordenó:

—Venid conmigo. El jefe nos espera.

Penetraron de nuevo en el despacho. Una botella de «*whisky*» mediada y un cenicero lleno de puntas de cigarro evidenciaban toda una noche en vela.

—Sin novedad —informó Bender—. Nos siguieron dos lanchas de Policía, pero John se encargó de ellas. Shelton y Jones murieron en el tiroteo.

El sujeto de la cicatriz dio quinientos dólares a cada uno, y luego, con otros quinientos en la mano, preguntó a Perry, que había obtenido mayor cantidad:

—¿Para quiénes son?

—Para Strague. Se portó magníficamente. Necesitamos muchos como él.

El «boss», sonriendo, le entregó la segunda cantidad, pero John,

con ella en la mano, tuvo un gesto que le hizo ganarse la voluntad de sus compañeros:

—Todos hemos hecho lo que pudimos. Repartiré estos dólares.

Y antes de que nadie pudiera protestar, dio un billete de cien a cada uno de sus compañeros, que se quedaron asombrados por la muestra de compañerismo a que no estaban acostumbrados. Después interrogó:

—¿Podemos dormir ya?

—Desde luego —ordenó el «boss»—, pero mañana sin falta, os espero a todos a las nueve. Hasta esa hora quedáis libres.

Tomaron una copa antes de marcharse. Los dos amigos se miraron y Larry habló:

—Te prevengo que tengo un sueño de cien mil diablos...

No despertaron hasta las ocho de la noche, y tras de cenar opíparamente en el comedor del hotel en que se alojaban, por cuenta de la organización, se vistieron de «*smoking*».

—¿Qué te parecería si saliésemos con Mima y Edith? —sugirió Strague.

—Estupendo. Créeme que tengo ganas de bailar y divertirme.

El joven se dispuso a telefonear, pero John le contuvo:

—Mejor desde fuera. No me gusta el individuo de la centralita. Me da la sensación de que escucha todas las conversaciones.

Salieron, metiéndose en una cabina pública. Antes de que Larry marcara, Strague le hizo una pregunta extraña:

—¿Qué concepto tienes de mí, Larry?

El interpelado le miró, dándose cuenta del alcance de la pregunta. Repuso:

—Bueno. John. No te inquietes.

El apretón de manos fué sincero, emotivo.

Una hora después, los jóvenes se hallaban en la mesa de un «*dancing-hall*» acompañados por Edith Curwood y Mima Stowe. La atmósfera era agradable y distinguida. Las dos parejas bailaban, pieza tras pieza, entre risas y bromas.

John Strague era feliz, sintiendo entre sus brazos la esbelta figura de Edith. Por un momento pasó por su cerebro su existencia, llena de horrores, y no pudo menos que preguntarla:

—¿De veras que no siente repugnancia de tocar mi mano?

—No, John. Además, quiero que desde hoy nos llamemos de tú. Somos ya grandes amigos. ¿Te remuerde la conciencia alguna cobardía?

—No. Siempre luché cara a cara, dando oportunidad a mis enemigos. Cuando exterminemos esa banda de miserables, entonces...

—¿Qué? —interrogó ella con ansia.

La orquesta interpretaba un «fox» lento. La suave cadencia de la música se metía en el alma de los dos jóvenes.

—Entonces te prometo rectificar de vida, ser un hombre honrado, como mi madre siempre soñó...

Él sintió que el cuerpo de la muchacha se dejaba caer más sobre el suyo y, nervioso, la estrechó contra sí. Murmuró, ronco:

—Edith, tú conoces lo que yo pienso del amor. Una mujer puede hacerme salir del abismo moral en que me he hundido, pero también me puede llevar a la desesperación...

Ella no contestó. Les sacó de su abstracción el ruido de unos aplausos y volvieron a la mesa.

Mirna, y Larry se acercaban también. Los muchachos tenían los ojos brillantes de felicidad.

—Bebamos una copa —dijo el joven Curwood—. Hasta ahora no reparé en que la vida es adorable.

La velada transcurrió plena de felicidad. A las tres de la madrugada abandonaron el «*dancing*». Mirna sugirió:

—Me agradaría pasear por el borde del Michigan.

Montaron en un lujoso «Nash», llegando al parque de Lincoln, protegido del lago por un macizo muro. En la puerta había un vigilante, que se incorporó, soñoliento, saliendo al paso de los jóvenes:

—No se puede entrar.

—Vamos, amigo. No sea reglamentarista. Nadie se enterará. Además, traemos una buena recomendación. Mírela.

Y Larry, de espaldas a sus amigos, sacó un billete de veinticinco dólares, entregándoselo. El hombre, guardándose el dinero, dijo:

—Bien; pero conste que yo no les he visto.

Entraron en el parque. Los árboles y los macizos, de cuidada vegetación, daban al ambiente un tono recoleto y poético. Formando dos parejas pasearon por la avenida que bordeaba el lago

Michigan. Mirna y Larry iban muy entusiasmados, unos metros delante, charlando animadamente. Edith y John, en silencio, cogidos del brazo, gozaban de la paz y la serenidad de la noche. Ella dijo:

—La vida no es tan mala como pretendemos hacerla los humanos. Dios pone su sonrisa en todo aquello que creó. En el alma también: el amor. Mira cómo reverbera la luna en el agua. Más allá, en la otra orilla, en cualquiera de los pueblos o importantes ciudades industriales, vela también el amor junto a la cuna del hijo enfermo o en los ojos de la mujer, que besa a su esposo en la dulce unión del matrimonio. Cuando estoy tranquila, gozando de la felicidad de sentir los latidos de mi corazón, siempre pienso en qué estarán haciendo nuestros semejantes en otras tierras, y llego a la conclusión de que sólo el amor impera en el mundo. Desde los padres que lloran al hijo muerto, hasta el médico que opera de urgencia, pasando por la ley, que vela en defensa de la patria, todos son conducidos por la mano del amor.

La muchacha calló. John Strague, que la había escuchado con visible emoción, respondió:

—También hay seres, con el alma seca, que van sembrando el mal.

—Sí, pero no son otra cosa sino la negación del amor... No debes torturarte. Tu pasado no importa. Lo de hace un año, un día o un segundo carece de valor. Es algo muerto, sin más sentido práctico que el de la experiencia. Lo que importa es el presente y, más aún, el porvenir que nosotros hemos de forjar feliz, confiado. Yo tengo fe en nuestro porvenir.

—Has dicho nuestro, Edith. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

Se hablan parado, mirándose fijamente. La luna Imprimía en los ojos de la mujer un rayo de plata que parecía surgirle de lo profundo del espíritu.

—Sí, John.

Su boca se entreabrió levemente, ofreciéndose tentadora. Strague bajó los labios y mordió, apasionado, su calentura. La acarició el cabello, y cuando se separó unos centímetros de la muchacha, por su rostro de hombre duro, de hierro, caían unas lágrimas mansas, las del alma recobrada.

Ella, viéndole llorar así, sin un gesto, con la cara llena de una dulzura infinita, se sintió feliz, y de sus ojos brotó el agua, como el rocío de las estrellas.

El llanto llegó a los labios y el beso tuvo un sabor amargo, de vida. Amor y dolor unidos. Símbolo de eternidad.

Se sentaron en un banco. Edith apoyó su cabeza sobre el hombro del amado, que dijo:

—Te prometo ser siempre digno de ti.

—Lo sé —suspiró ella—, pero yo te amaría aunque fueses un miserable...

Segundos..., minutos..., horas..., siglos... ¡Qué importa el paso del tiempo cuando dos corazones laten al unísono!

Mirna y Larry regresaron, sacándoles de su abstracción. Ella dijo:

—Ahora se da uno cuenta de lo mucho que estorba la gente en estos lugares. Os confieso que no olvidaré el paseo.

Dirigiéronse lentamente hacia la puerta. El vigilante les saludó al pasar. Juntos, llevaron a Mirna a su domicilio, y cuando Edith se quedó en el hotel del bulevar Washington, esquina a Halsted Street, eran casi las seis de la mañana. Larry habló de llevarse el coche y John repuso:

—¡Para qué! Mejor es que regresemos dando un paseo. A las nueve en punto nos esperan en La Salle. Lo mejor que podemos hacer es lavarnos y desayunar. Si vamos despacio, no nos sobrará tiempo. Antes hemos dormido muchas horas. Te confieso que no estoy cansado.

—Yo tampoco. Es buena idea.

Solos, los dos amigos emprendieron el camino al hotel, absortos en sus propios pensamientos. Strague sentía en su corazón algo grande, que pugnaba por ahogarle. Larry iba pensando en el cumplimiento del deber. El

F. B. I.,

le había encargado de una misión y tenía que cumplirla por encima de todos los humanos obstáculos. Miró a su compañero, que aspiraba despacio el humo de un cigarrillo. Le quería. Sin embargo, tal vez se viera obligado a enfrentarse con él...

A la vanguardia del triunfo:
Selecciones NEVADA
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
Colección F. B. I.
¡Llevar la marca HOLLAND!

VI



UANDO John Strague y Larry Curwood llegaron al «*night-club*» de La Salle vieron que el amplio salón destinado al público hallábase ocupado por unos treinta hombres. En la puerta, Perry Bender miraba el rostro de los que iban llegando, para identificarles. Les golpeó en la espalda al entrar:

—¡Hola, amigos! Veo que sois puntuales.

En la pared, a la izquierda, había colgado un plano de Nueva York.

Casi todos los hombres fumaban, sentados anárquicamente. Larry Curwood, examinando sus rostros, reconoció a varios de los reunidos como «gangsters», perseguidos por la Policía a causa de sus numerosos crímenes. Dijo a John en voz baja:

—Aquí está lo peor de cada casa. Parece que hay reunión

general.

En efecto, así era, y las palabras del individuo de la cicatriz, el «boss», al que conocieron en los días en que, presos, gustaron por primera vez de la morfina, lo corroboraron. El sujeto comenzó a hablar:

—Hemos conseguido agrupar en una sola organización a todos los fuera de la ley de Chicago, y para demostrar a las autoridades nuestra potencia, he decidido que hoy, a la misma hora, se den una serie de asaltos simultáneos. El plan es el siguiente: todos, al salir de aquí, robaréis los coches que os hagan falta, y a las diez en punto, actuaréis de la siguiente forma: el grupo primero asaltará al National Bank of Republic; el segundo, el Merchant National Bank; el tercero, el Aten; el cuarto, el Safety Vaults; el quinto, el Comercial Safety Deposit Company y el sexto, el First National Bank. Os lo repito. La hora fija, a las diez, ni un segundo antes ni después. El botín será repartido como siempre. Nada más. El grupo sexto que se quede aún. He de darle órdenes particulares.

Mientras se desalojaba el establecimiento, Perry Bender se acercó, con John, Larry, Kent y Austen.

—Tú dirás.

—Larry no os acompañará. Tiene que llevar este sobre a las señas que en él figuran. Es una misión muy importante. Los demás habréis de tener cuidado. Es el Banco mejor defendido el que os toca.

—¡Bah! Ya nos las arreglaremos —fanfarroneó Bender.

Salieron todos. Larry en distinta dirección. Tomó un «taxi», dándole unas señas absurdas, y luego de comprobar que nadie le seguía, se apeó en la puerta de un bar, pasando a la cabina telefónica. Adolph Lynn no se hallaba en el hotel e, introduciendo otra moneda, llamó a la oficina del

F. B. I.,

en Chicago. Allí si localizó a su amigo.

—Gracias a Dios —dijo—. Creí que no iba a encontrarte.

—Pues de milagro, Larry —le contestaron desde el otro lado de la línea—. Dentro de unos minutos saldremos en masa a una importancia acción. Se pretende dar un asalto general a los Bancos de la ciudad a las diez de la mañana.

La voz del joven Curwood temblaba de indignación al preguntar:

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Por un aviso escrito y sin firma. La Policía le ha dado crédito, porque no es la primera vez que recibe confidencia de esta especie y siempre resultaron ciertas.

Larry colgó el teléfono, y comprendiéndolo todo, se estremeció de ira. Sin duda, al Jefe le estorbaban ya sus hombres y había dispuesto que los eliminasen. Todos eran miserables que no vallan ni aun el plomo que se emplearía para matarles, pero odiaba la cobardía del traidor. Además, John Strague figuraba en uno de los grupos de asalto. ¡Era preciso salvarle!

Miró el reloj. Las nueve y veinte. Le sobraba tiempo para registrar el misterioso sobre. Lo abrió. Sólo contenía papeles en blanco. Acercó a algunos la llama de varios fósforos, buscando una tinta invisible, pero hubo de convencerse de que se trataba de simples cuartillas, que se echó al bolsillo. ¡Habían tratado de librarle de la singular matanza! ¿Por qué?

No había tiempo para resolver la incógnita. Salió del establecimiento. Un «Cadillac», último modelo, estaba parado a pocos metros. Con la máxima naturalidad abrió la puerta delantera y, con unas pequeñas ganzúas, puso el motor en marcha. Los cinco minutos que tardó en realizar la operación fueron angustiosos. Larry sabía que ni aun su calidad de agente del

F. B. I.,

le libraría de un arresto por robo si era sorprendido. Por fin arrancó, con un suspiro de alivio, dirigiéndose a la parte comercial de la ciudad, donde se acumulan los hoteles, Bancos, teatros, periódicos y rascacielos. Como le sobraba tiempo, enfiló por la calle del Estado, dedicada principalmente a las ventas al por menor, y luego, consultando frecuentemente el cronómetro, pasó ante las Casas Consistoriales y el Palacio de Justicia, estilo Renacimiento, contemplando también la estatua de Cristóbal Colón y la fuente de Drake.

«Diez menos diez», se dijo en alta voz.

De un disimulado departamento del ancho cinturón de cuero sacó una chapa, que contempló con amor. En ella se leía: «Bureau of Investigaron». Merecía la pena dar la vida en su defensa.

Faltaban dos minutos para la hora elegida, cuando entró en la calle de Monroe. Un motorista le salió al paso, obstaculizándole el

camino, pero, de pronto, se cuadró, saludándole militarmente.

Pisó a fondo el acelerador, y al llegar a la esquina de la calle Dearborn, se oyeron los primeros disparos. Larry vio cómo Bender caía muerto junto a la puerta del edificio bancario, y a Strague, con una pistola en la mano disparando. Abrió la puerta y gritó, con evidente riesgo de la vida:

—¡Sube, John!

De un salto, el aludido penetró en el lujoso automóvil, emprendiendo una fuga endiablada.

Desde todas las esquinas les hacían fuego con ametralladoras y una ráfaga destrozó el parabrisas, a unos centímetros de la frente de Larry, que se encogió más en el asiento.

Un camión obstruía totalmente la calle; pero, sin vacilar, el joven subió sobre la acera, pasándole. Detrás de ellos rugían las sirenas de varios coches.

Volaban por la Quinta Avenida, centro de moda, entre los gritos de los transeúntes, que se subían velozmente a las aceras, gritando maldiciones contra el «Cadillac». La habilidad y el valor suicida de Larry como conductor habían conseguido desorientar a la Policía. Por eso, al doblar la avenida de Washington, próximos a su hotel, Curwood gritó, parando en seco:

—¡Baja y sígueme!

Se apearon, mezclándose con el público. Cuando oyeron las sirenas de los agentes, ya franqueaban la verja del hotel donde vivía la gentil Edith.

Se quitaron la americana rápidamente, ascendiendo por la escalera hasta el cuarto del joven. Daniel les vio llegar con asombro, que aumentó al oír de labios de su señorito:

—Llevamos aquí toda la tarde. No lo olvides. En unos instantes se cambiaron de ropa, poniéndose una de Jugar al tenis, y después descendieron encontrándose con Edith. Larry, seguro ya de la coartada, la invitó:

—Os desafío a los dos a un partido.

La muchacha vestía una blusa de seda y una falda corta, y aceptó, viendo inquietud en los ojos de John. A los pocos segundos, los tres jóvenes golpeaban la frágil pelota. En ese instante, por la puerta del jardín aparecieron dos agentes de uniforme. Larry se acercó a ellos, calmoso:

—¿Qué desean?

Uno de los policías habló:

—Buscamos a dos individuos. ¿No los ha visto pasar?

—No. Llevamos cerca de media hora en este lugar. Puedo asegurarle que aquí no ha entrado nadie.

Edith había lanzado la pelota al rostro de Strague, gritando a su hermano:

—Termina de una vez.

Larry disculpóse con los agentes:

—Perdonen, pero me esperan mis amigos. De todos modos, si lo desean pueden registrar.

—No hace falta —dijo una voz desde la puerta.

Era el doctor Karl Courtney, que se abrazó al muchacho con afecto.

—¡Hola, perillán! —bromeó Curwood—. Ya era hora que se te viera el pelo. Pasa, pasa. No te vas.

—Sólo cinco minutos —replicó Karl, haciendo una seña a los agentes para que se marchasen. Luego, viendo por vez primera a John, exclamó—: ¡Caramba! Tenemos aquí a nuestro hombre. ¿Qué tal va eso?

—Bien, gracias a usted —respondió Strague, sonriendo—. Aprovecho la oportunidad para darle las gracias.

—¡Bah! No merece la pena. Venía a traerte un encargo de Lynn, Larry. ¿Podemos pasar un momento al despacho?

—Desde luego.

Los dos hombres entraron en la casa, y ya seguros de que nadie les oía, el doctor Courtney habló:

—Os reconocí a la puerta del First National Bank, Estaba en el mismo coche que Adolph y nos ha costado mucho desorientar a las patrullas. Sois los únicos que han quedado con vida.

—Lo suponía. Escúchame atentamente, Karl. Cuando empecé este asunto, no pude decirte cuál era la misión que me había encomendado el F. B. I, pero ahora sí, porque estamos casi al Final. Existe un control en el Este para el contrabando de drogas. Luego de muchas deducciones, conseguimos averiguar que la jefatura radicaba en Chicago, y aquí vine, con carta blanca y decidido a usar todos los procedimientos por desenmascarar a los culpables.

La voz de Larry era grave al añadir:

—Me he puesto muchas veces fuera de la ley y mi vida actualmente no vale un centavo. Mis éxitos se los debo al hombre que tú curaste aquella noche, providencial para los Estados Unidos. Sin él, aún estaría en el principio. He decidido salvarle a cualquier costa. He redactado mis órdenes en clave para Lynn. La hora de actuar ha llegado. Toma, entrégaselo. Él ya sabe lo que tiene que hacer.

Curwood dio un sobre al doctor, el cual, a su vez, le tendió unos papeles, diciéndole:

—Han venido de Washington hace una hora.

Larry leyó los documentos, guardándoselos en un disimulado bolsillo interior de la camisa. Después, incorporándose, apretó fuertemente la mano de Courtney.

—Es posible que me maten esta noche, mas será en el cumplimiento del deber. No me preocupa. Sé que Adolph es muy capaz por sí solo de vengarme. Recuérdale que se atenga a las instrucciones que le doy. El éxito depende de su obediencia.

—Así lo haré. Estate tranquilo.

Karl sabía que su amigo no exageraba. Muchas veces trabajaron juntos, viéndose en situaciones comprometidas. Nunca le había visto aquella expresión acerada en los ojos. Se despidieron.

—Suerte, Larry, y no corras más riesgos que los necesarios.

—Adiós.

El abrazo fué un tanto nervioso. Salieron juntos, reuniéndose con John y su hermana. Pocos segundos después, el doctor Courtney abandonaba la casa y Edith llamaba a Mima Stowe para que les acompañase a comer.

—Nos llevamos tu «Cadillac» Edith. Necesitamos un coche fuerte, que corra. ¿Cómo anda de gasolina?

—Lleno el depósito.

Larry introdujo en el vehículo un pequeño maletín y a poco, en unión de Strague, emprendían la marcha hacia el interior de la ciudad. Mientras conducía, el agente del

F. B. I.,

iba explicando su plan a John, que le escuchaba en silencio. Eran las nueve de la noche y la ciudad relucía bajo los potentes focos eléctricos.

Pararon en el «*night-club*». En una mesa de la izquierda había sentados tres hombres. Uno de ellos era Adolph Lynn. El F. B. I.,

comenzaba a actuar. Con paso decidido avanzaron hasta el fondo del salón. Eva Meway les salió al paso:

—¡Hola, queridos! ¿Os agrada una copa?

—Desde luego, preciosidad —aceptó Larry, cogiéndola por la barbilla.

Llegaron hasta un velador, tomando asiento. Bebieron champaña y la mujer brindó:

—Por vuestra fortuna. Sois los únicos que han quedado vivos. La Policía acabó con nuestros hombres.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he oído decir ahí dentro. ¿Cómo os las arreglasteis para escapar?

—De un modo sencillo, que no merece la pena contarte. Es muy vulgar. ¿Está el «boss»?

—Sí. Le dejé jugando al póker tan tranquilo. No le preocupa la suerte de los demás.

—Entonces vamos a hacerle una visita. Tenemos que informarle de lo sucedido.

—No vayáis. Quieren deshacerse de todos y os matarán.

Larry Curvood habló, irónico:

—Vamos, Eva. Eso es casi, casi, una traición a tus jefes. Te lo agradeceré con un consejo. Antes de cinco minutos abandona este local y Chicago. ¿Te hace falta dinero?

—No; gracias.

—Pues no dudes en obedecerme. Temo que esto se convierta en un infierno.

Y sin aguardar respuesta, los dos hombres entraron por la pequeña puerta que conducía a las habitaciones reservadas, alcanzando, al fin, a la que ocupaba el individuo de la cicatriz, junto con dos sujetos más. Como Eva les dijera, estaban empeñados en una partida de naipes.

—Buenas noches —saludó John—. Así da gusto vivir mientras los demás mueren.

El «boss», aparentando no haber oído la frase, se volvió con el rostro sonriente:

—¡Hola! Sentaos por ahí. No os suponía vivos. Ha sido una desgracia lo de esta mañana.

—No. ¡Una traición! —Remachó Larry.

—Tal vez. ¿Queréis jugar?

—No. Venimos a hablar contigo.

El tono de los hombres era amenazador y los jugadores se pusieron en pie, en actitud de desafío. La habitación era pequeña y estaba alumbrada por una bombilla de gran voltaje. Las paredes, desnudas. La puerta de roble había sido cerrada por John. Los dos «gangsters» miraban al «boss», sin duda aguardando la orden de actuar, pero ésta no llegaba.

El de la cicatriz tenía en sus labios una sonrisa siniestra.

—Siento verme obligado a mataros —dijo—, porque sois dos valientes. Sin embargo, no hay más remedio. No intentéis ningún movimiento, porque os están apuntando desde atrás.

Strague, que sabía no era cierto, por haber corrido el cerrojo, no se movió, pero Larry inició un movimiento, dejándose caer a la derecha. Cinco manos fueron a las fundas sobaqueras, pero ya John había disparado por tres veces. Los guardaespaldas del «boss» cayeron, con el pecho atravesado y una estúpida expresión de asombro en la cara, mientras que éste sentía que una mano invisible le arrebatava la pistola.

—Ahora vamos a hablar nosotros.

En un segundo aparecieron unas esposas en manos de Larry, que fueron puestas al hombre de la cicatriz. Los disparos, con silenciador, no habían sido escuchados fuera. Strague golpeó al prisionero brutalmente en el rostro, derribándole a tierra. Curwood, frío, indicó:

—Procura que no pierda el conocimiento. Es un buen modo de empezar el interrogatorio.

Y sin piedad, le golpeó con el zapato en la cara, levantándole de las solapas. No ignoraban que tenían frente a sí a un hombre duro.

—Verás. Tienes que decimos tres cosas: la primera, el lugar donde estuvimos encerrados: la segunda, la identidad del jefe absoluto, y la tercera, la razón por la que habéis organizado la matanza de esta mañana. Sin mentirnos.

El «boss» se les quedó mirando con el rostro sorprendido. No concebía que allí, en su mismo cuartel general, fuese tan grande la

audacia de los dos hombres.

—Empieza —amenazó Larry.

—Es inútil —replicó el «gángster».

—Lo siento por ti.

El bravo agente especial abrió las esposas de aquel individuo y, cogiéndole de la muñeca, se la retorció hasta llevársela por la espalda a la altura de la nuca. Hubo un sonar de vértebras rotas y el rostro del miserable se cubrió de sudor frío.

—¡Déjame!... ¡Déjame!... —balbució.

El dolor tenía que ser espantoso. Larry dejó caer el inútil brazo asiendo al preso por el otro decidido a llegar hasta donde fuera. Los ojos del «boss» se agrandaron por el terror y leyendo una sentencia implacable de muerte en las pupilas de los que le contemplaban, repuso:

—Hablaré, pero no me torturéis más.

Su respiración era entrecortada. John, avanzando un paso, apremió:

—¡Venga!

—La casa donde estuvisteis encerrados se encuentra en la carretera general de Milwaukee, detrás del bosque donde tomasteis la canoa. La intervención de la Policía de esta mañana estaba preparada por el jefe. Quiere retirarse de todo esto y ningún medio mejor que la muerte...

La voz del «gángster» sonaba desfallecida.

—¿Quién os manda? —rugió Strague.

—No lo sé.

—¡Mientes!

—Os aseguro que no lo sé. Las órdenes las recibo escritas. Mirad.

El «boss» llevó la mano al bolsillo de pecho y extrajo de él una nota a máquina, sin firma, en la que se especificaba detalladamente los asaltos de por la mañana. Lo examinaba el joven Curvood cuando se sintió empujado violentamente al suelo al tiempo que sonaban dos detonaciones casi simultáneas. Miró hacia el frente. Un trozo de la pared volvió a recobrar su primitivo sitio. El hombre de la cicatriz yacía muerto con un balazo en el corazón. Strague se lamentó:

—Mi proyectil se estrelló en el muro. Veamos si descubrimos ese paso secreto.

Pero fué inútil. Se dispusieron a salir. Unos golpes a la puerta de madera les sobresaltaron. Miráronse con inquietud. Larry, decidido, descorrió el pestillo, echándose a uno de los lados. Lo hizo a tiempo, pues una ráfaga de ametralladora agujereó la madera al tiempo que se oían maldiciones, y la puerta abríase violentamente.

Los dos «gánsters» que entraban vieron frente a sus rostros el brillo de las pistolas. Uno intentó manejar la «Thompson», pero un balazo le tendió sin vida. El otro huyó por el pasillo. El recodo le salvó la vida. Larry oyó una voz conocida:

—¡Levanta las manos!

La orden fué seguida de un disparo y a poco apareció Adolph Lynn seguido de dos hombres más.

—Tenemos rodeado el «*cabaret*».

—Sin embargo, el jefe ha conseguido escapar. Da orden de que registren todo tus hombres. Nosotros dos nos marchamos.

—¿Necesitáis gente?

—Es mejor que vayamos solos. Suerte Lynn.

—Lo mismo para vosotros.

John y Larry, cruzaron velozmente el salón donde el público, aterrorizado por la invasión de los policías, comenzaba a desfilar hacia la puerta. Montaron en el «Cadillac» y Curwood pisó a fondo el acelerador. Mientras conducía, procurando evitar las calles de más tráfico, oyó que Strague le preguntaba:

—¿Por qué no has sido sincero conmigo? Pienso que tu amistad no es cierta y que sólo me has utilizado para cumplir con tu deber.

Larry, sin apartar los ojos de la carretera, se decidió a afrontar una cuestión que presentía inevitable:

—Explícate mejor.

—No es necesario ser un lince para darse cuenta de la comedia que me representasteis. Tú no estás consumido por el alcohol, ni eres un jugador, ni un vago, sino un hombre de acción, acostumbrado al manejo de toda clase de armas. ¿Policía?

—Del

F. B. I.

—fué la respuesta lacónica del joven que no miraba a su interlocutor debido a la extraordinaria velocidad del automóvil.

John Strague bajó los ojos con profundo pesar.

—Todo es mentira, fruto de la conveniencia. Tu amistad..., la de

tu hermana...

Su voz se estranguló en un sollozo pensando que el amor de Edith era algo calculado y frío. Larry se indignó al oírle:

—No seas niño. Juntos estamos empeñados en una lucha a muerte y triunfaremos. Para mí, ahora y luego, serás siempre un hermano.

El automóvil volaba por la carretera. Los faros iban iluminando a ráfagas los árboles, que parecían retorcerse como gigantescos monstruos que celebrasen su aquelarre. Strague, con el rostro endurecido, tomó una decisión brusca y esgrimiendo su pistola hundió el cañón en el costado del agente especial, ordenándole:

—¡Para! No quiero continuar con un traidor. Larry, sin perder la serenidad, atento al volante respondió:

—Puedes matarme. Da igual morir ahora que dentro de un rato. Lucho por la defensa de mi Patria y por ella estoy dispuesto a dar la vida. Traidores los que no saben consagrar su existencia a un alto ideal. Los que siembran el terror por donde pasan llevando a hombres a la enfermedad o a la locura. Ésos sí que son traidores, John. Guárdate el arma y disponte a emplearla contra la lacra de la Sociedad. Tú has dejado de ser un fuera de la ley. No te pongas otra vez frente a ella.

—¡Para el coche te digo!

—No. Me urge alcanzar a ese miserable que se esconde en el anónimo. No intentes golpearme porque a esta velocidad nos estrellaríamos los dos.

En efecto. La negra cinta de la carretera se estrechaba más y más conforme Larry pisaba el acelerador. Strague, mordiéndose los labios de impotencia y de ira, se guardó la pistola. No podía matarle. Le impresionaba el gesto decidido de aquél a quien creyó un niño mimado por la fortuna y era un hombre de una entereza sin límites y un valor extraordinario.

Al fin el vehículo se detuvo con un chirrido de frenos. El bosque, detrás del cual hallábase el «chalet», comenzaba allí. El agente especial, mirando a John, dijo:

—Es posible que nos aguarde la muerte. Te pido ayuda. Eres libre de prestármela o no.

Y sin aguardar respuesta se adentró decidido entre los árboles con la «Germán Luger» en la mano. Strague, después de unos

segundos de indecisión, le siguió.

El silencio era absoluto, y las ramas de los tupidos árboles no dejaban penetrar la luz de la luna. Larry no se atrevía a encender la linterna para no delatarse.

Caminaron entre sombras por espacio de un cuarto de hora. No muy lejos ladró un perro. Tropezó por dos veces estando a punto de caer. John resoplaba a su espalda lazando maldiciones.

Al fin llegaron a una pequeña explanada frente a la que se alzaba una alta verja de hierro. Sin dudarlo un segundo, enfundando la pistola, Larry trepó por ella, en un alarde de facultades físicas. Mientras ascendía iba pensando en que su cuerpo era un magnífico blanco para cualquier tirador oculto en la casa, pero nadie le agredió y pudo saltar limpiamente al interior.

Algo vino corriendo contra él, derribándolo. Era un gran mastín que intentaba hacer presa en la garganta con sus afilados colmillos. Curwood ladeó la cabeza mientras separaba al perro de sí en un esfuerzo increíble. No quiso disparar para no sembrar la alarma y se dispuso a estrangularle. No fué necesario. Una hoja de acero brilló a su derecha y la navaja de Strague cercenó casi por completo la cabeza del animal. El antiguo «gángster» murmuró:

—Vamos.

John ante el recuerdo de los días pasados en cautiverio sintió que una oleada de cólera le invadía. Aquél era el lugar donde se embrutecía a los seres con las drogas. Aún muchas noches se desvelaba pensando en el alcaloide del opio.

Con paso de hiena alcanzaron la puerta principal, que estaba abierta. Una bala se clavó a pocos centímetros de la cabeza de Larry, que se tiró al suelo, cubriéndose con uno de los butacones. Después, de un salto, alcanzó el pasillo de la derecha que recordaba ser el que conducía a las celdas de los detenidos.

La vieja que les diera de comer surgió de pronto frente a ellos y desapareció gritando por una escalera que conducía a un sótano.

—Maldita bruja —gruñó Strague—. Pondrá sobre aviso a todos los de la casa.

Y así fue. Por un recodo, bruscamente, aparecieron tres hombres armados. John y Larry se tiraron al suelo, disparando en postura inverosímil. Las balas silbaron sobre sus cabezas y dos de los atacantes cayeron muertos. El otro se refugió en el quicio de una

puerta apuntando desde allí a los jóvenes. Curvood hizo fuego una fracción de segundo antes y el revólver voló como arrebatado por una mano misteriosa. El malhechor quiso huir, pero una bala le alcanzó en su fuga.

—Necesitamos uno vivo, John.

Bajaron la misma escalera por la que desapareció la mujer. No ignoraban que la casa estaba llena de enemigos y que la menor distracción podía acarrearles la muerte. Strague llevaba en sus manos una ametralladora ligera, que arrebató a uno de los «gangsters». Llegaron a una amplia sala con una puerta al fondo. John, antes de abrirla disparó una ráfaga contra la madera, escuchándose dos gritos de agonía. ¡Les estaban esperando!

Larry, echándose a un lado, empujó el pestillo. Dos hombres en el suelo, se bañaban en su propia sangre. Uno de ellos levantó la cabeza con dificultad, mirándoles con admiración. El agente especial se inclinó sobre él, preguntándole:

—¿Y el jefe? ¿Dónde está su despacho?

La mano del moribundo señaló al fondo, murmurando:

—La tercera a la derecha.

Y expiró. Larry y John, cambiaron una mirada fría. El primero dijo:

—Vamos. Más le valiera no haber nacido...



VII



F. B. I.,

y el Servicio de Estupefacientes —llamado ejército de las drogas— en combinación con numerosos destacamentos de la Policía se disponían a dar la mortal y definitiva batalla a los contrabandistas. Cerca de veinte hombres dirigíanse silenciosos hacia los acantilados del Lago Michigan, varias millas al norte de la línea fronteriza que divide los estados de Illinois y Wisconsin. Uno de ellos levantó el brazo.

—¿Qué ocurre, inspector?

—Mire, teniente, allí, a la izquierda.

Una cabaña se perfilaba en la noche.

—Destaque una patrulla. Que actúen sin contemplaciones. Nos enfrentamos con los más peligrosos «gangsters» de Chicago.

El grupo de agentes avanzó despacio. Eran hombres de acción acostumbrados a enfrentarse con la muerte. Anduvieron unos minutos en silencio, deteniéndose de pronto. Una luz parpadeó a unos cien metros de ellos, en dirección al mar. Esperaron la llegada de un enlace, que no tardó en presentarse.

—Aguardad un cuarto de hora justo. Pasado ese plazo, entrad en la cabaña. Es posible que no haya nadie, por estar todos ocupados en la costa. Si es así, acercarse al reflector, por la espalda, y esperad la orden de ataque, que será dada con un disparo.

—A la orden.

Los segundos machacaban implacables el cronómetro del jefe del grupo. Sus hombres apretaban nerviosamente las «Thompson», deseando entrar en combate. El foco iluminó de nuevo, a su derecha, las aguas del lago para apagarse seguidamente.

Unos pasos resonaron en el silencio de la noche. Alguien se acercaba. Los agentes se tiraron al suelo, y a los pocos segundos, dos sombras se acercaron a ellos. Venían conversando:

—Es incomprensible, Joe. Siempre han sido puntuales.

—Pueden haberles sorprendido.

—Lo dudo. Saben hacer bien las cosas.

Pasaron a escasos centímetros de los policías, sin sospechar su presencia, penetrando en la cabaña. ¡Faltaban aún cuatro minutos para la hora fijada!

El

tic-tac

del reloj de pulsera iba adquiriendo extraña resonancia en el cerebro de los que acechaban a los fuera de la ley, tanto, que, instintivamente, el jefe de grupo le oprimió con su mano derecha, como queriendo ahogar el sonido. ¡Qué desesperante lentitud la de la espera, cara a la muerte!

Llegó el momento. Los cinco agentes, en pie, se acercaron a la choza, penetrando decididos en ella a través de la entornada puerta. El interior estaba iluminado por un farol de petróleo. Los dos sujetos se volvieron con el asombro reflejado en el rostro.

—¡Quietos u os acribillamos!

La presencia de cuatro ametralladoras, firmemente empuñadas por otros tantos hombres, intimidó a los forajidos, que no movieron ni un músculo de la cara. El que había dado la orden, enfundando la

pistola, sacó algo de los bolsillos laterales de la americana, que puso sobre las muñecas de los «gangsters» con un leve chasquido.

—Garret, quédate con ellos y dispara sin vacilaciones.

El aludido asintió con el gesto, situándose en un rincón desde donde dominaba a los presos y a la puerta.

—Descuide. No se escaparán.

Los cuatro hombres, obedientes a las órdenes recibidas, salieron al exterior. Aparentemente reinaba una maravillosa calma y el cielo, cubierto a intervalos de pequeñas nubes, deja transparentar la luz de la luna y las estrellas. Enfrente, las aguas plateadas del lago...

Caminaron despacio. Comprendían ahora el maravilloso plan del inspector del

F. B. I.

Eran los encargados de cortar la retirada de los contrabandistas. Tanto se aproximaron, que escuchaban las conversaciones de los enemigos.

—Es incomprensible el retraso. Deja a uno de guardia manejando el reflector y los demás vayámonos a dormir. Te aseguro que ya no vienen.

Se oyó una sarta de maldiciones y en este momento sonó un disparo y una voz que gritaba:

—¡Rendíos! Estáis rodeados por la Policía.

La respuesta fué una descarga cerrada, al tiempo que los sorprendidos «gangsters» retrocedían, pero las «Thompson» entraron en acción a sus espaldas y varios cayeron para no levantarse más. Sin embargo, no se acobardaron. Protegidos detrás de las rocas, preferían la muerte a entregarse.

La batalla fué breve. Las fuerzas de la ley, superiores en número, avanzaron, audaces, aprovechando las desigualdades del terreno, y la defensa se debilitó hasta cesar por completo. Dos hombres avanzaron con los brazos en alto y, en unos segundos, fueron esposados y conducidos a la cabaña, donde tuvo lugar un breve interrogatorio:

—Para que no seáis necios, os diré que conocemos el procedimiento de conservación de las drogas, dentro del agua, en recipientes especiales, y que un agente nuestro localizó este lugar, vigilando la velocidad de la motora que le traía y el tiempo que

invirtieron en el recorrido. Lo demás fue fácil. Sabemos más de lo que podéis suponer sobre otros depósitos en los lagos, pero queremos vuestra información. De ser o no complacientes con nosotros, reconociendo y aceptando la derrota, dependerá el informe al juez. Ahora tenéis la palabra.

El discurso del inspector fué contundente, y luego de mirarse los cuatro individuos, uno de ellos empezó:

—Verá. Nosotros no éramos sino los encargados de vigilar estos parajes acotados con el pretexto de unos estudios de mineralogía. Es cierto cuánto ha indicado, pero yo no puedo decirle más que otro emplazamiento semejante en el Lago Superior, en la más pequeña de las islas de los Apóstoles, próxima a Duluth. Estuve allí cerca de un año. La morfina pasaba al Canadá, en lanchas, al norte de Port Arthur. Ignoro la identidad de quien nos manda. Todos somos gentes a sueldo.

—Se te tendrá en cuenta, muchacho —replicó el inspector—. ¿Alguien tiene más que decir? La banda está deshecha, en batida general de la Policía.

—Si —dijo otro—. Yo trabajé en el lago Ontario, cerca de...

Los agentes tomaban notas taquigráficas. Obtenidos los datos precisos, uno de ellos se alejó varios cientos de metros. Detrás de una roca había un pequeño aparato transmisor, que le puso en contacto con la Oficina Federal de Washington. La redada sería completa. No obstante, les constaba que el trabajo apenas sí estaba iniciado. Trasladándose a Milwaukee esperarían noticias de Chicago...

Adolph Lynn, terminado el registro del «*night-club*», se dispuso a seguir cumpliendo las órdenes de su camarada Larry Curwood y, montando en un potente automóvil de la patrulla, dio unas señas al conductor. Detrás de él iban cinco vehículos más abarrotados de agentes.

Pasaron, veloces, debajo del ferrocarril, tomando la avenida de Archer para alcanzar Kedzie Avenue. Los coches no usaban la sirena y cruzaron, raudos, frente al parque Morrell, deteniéndose en la esquina de 67 th Street.

—Dos conmigo —ordenó Lynn.

Ascendieron rápidos las escaleras, deteniéndose frente a una

puerta del piso tercero. Adolph, decidido, llamó, no obteniendo respuesta.

Resultó sencillo franquear la entrada con una ganzúa y recorrer el corto pasillo que comunicaba con la sala de estar. Allí, un espectáculo les sobrecogió el ánimo, deteniéndoles. Tendida en el amplio sofá había una hermosísima mujer con un puñal clavado en el lado izquierdo del pecho. Junto a ella, una maleta a medio hacer.

—Alguien la asesinó cuando se disponía a huir —habló Lynn—. Bajad uno a avisar al doctor Courtney.



—Alguien la asesinó cuando se disponía a huir...

Pero no hacía falta, porque el facultativo entraba en ese momento. Examinó a Eva Medway, declarando:

—Murió instantáneamente. El puñal le atravesó el corazón.

Se hizo un registro minucioso y Lynn se guardó unas cartas en el bolsillo para examinarlas más tarde.

Una hora después, la redada continuaba en West 47 th Street, en el establecimiento de bebidas junto al canal de Illinois y Michigan, lugar donde tenían su residencia los «gangsters» a las órdenes de John Strague...



VIII



E detuvieron frente a la cerrada puerta de hierro que guardaba el despacho del jefe de los contrabandistas, «el Delator» tanto tiempo perseguido.

—Contra esto fracasan las ganzúas —refunfuñó John Strague.

—Sí, pero no las bombas de mano.

Larry extrajo de los bolsillos de su americana dos pequeños cilindros de acero. Advirtió:

—Escóndete detrás un recodo.

Desde allí se divisaba perfectamente la maciza puerta. El agente especial arrojó una granada, que estallo con un gran estruendo. Después tiró la otra.

La fuerza de lo onda expansiva les derribó al suelo, atontándoles

unos segundos, mas pronto se rehicieron, penetrando como una tromba en el cuarto lleno de humo y olor a pólvora. Allí no había nadie. Tornaron al pasillo, con el deseo de alcanzar la parte alta de la casa. El ruido de un coche en marcha les impulsó a salir al exterior. Un automóvil huía por entre la arboleda.

Corrieron en zigzag, disparando contra un sujeto que pretendía cerrar la verja de entrada. ¡Aquel ser misterioso se les escapaba de nuevo!

Deseosos de alcanzar su automóvil, corrieron, olvidándose de todas las precauciones. Cayeron varias veces al tropezar con ocultos matojos, arañándose las manos y el rostro, pero al fin consiguieron llegar al «Cadillac», en el que montaron de un salto.

—¡Hemos de alcanzarle! —rugió Larry, inclinando el rostro sobre el volante.

John Strague le miró con respeto. ¡Tanta era la fiereza que demostraba su compañero!

Devoraron milla tras milla, y al fin, su tenacidad fué recompensada. A lo lejos se vio la luz piloto de un automóvil.

—No se escaparán, Larry.

El joven apretó más con el pie el acelerador. Parecía imposible que no se estrellasen a aquella velocidad endiablada. Las curvas las tomaban sin frenos, con dos ruedas en el aire. La menor distracción equivalía a una muerte segura.

Transcurrieron los minutos, y aunque la distancia se iba acortando, la progresión era tan lenta, que pronto penetraron en la ciudad por el paseo del lago. Le perdieron de vista en el cruce de una calle, para verle de nuevo en el bulevar Washington, donde desapareció misteriosamente.

—Se ha metido en uno de estos hoteles, John... ¡En el nuestro!

La exclamación del joven se debía a la contemplación en el jardín del automóvil perseguido.

Con las pistolas en la mano penetraron a todo correr. Daniel se ocupaba de meter el coche en el garaje.

Presos de una terrible sospecha, ascendieron las blancas escaleras de mármol. La puerta del despacho de su padre estaba abierta. Larry lanzó un grito angustioso, mezcla de acusación y dolor:

—¡Tú!... ¡Tú!...

El viejo Curwood, tendido en uno de los sillones, con una herida, ya reseca, en la frente, respondió, abatido:

—Sí. No ignoraba que acabarías por cazarme. Siéntate, hijo, y usted también. John. No creo que te corra tanta prisa entregarme a Policía.

La «Germán Luger» se había caído de la mano de Larry, rebotando en la alfombra. Medio enloquecido, sollozó:

—Padre... ¡Dime que todo es mentira!

—No, hijo, es una amarga realidad. Tienes que sobreponerte. El Destino ha querido que así sucediese. Es inútil rebelarse. A ti no podía matarte.

Larry, con la frente hundida entre las manos, evidenciaba bien a las claras su desesperación. John le contemplaba emocionado. Alzó la cabeza, súbitamente sereno. Sus ojos habían adquirido el brillo de una hoja de acero y sus manos ya no temblaban.

—Tengo que cumplir con mi deber, padre. ¡Cuánto daño has hecho!

—No me juzgues demasiado mal. Cuando tú naciste, yo era muy pobre, tanto, que no pude pagar médicos ni medicinas que salvaran la vida de tu madre, enferma del pulmón. Un especialista me dijo que una casa de campo y exquisito cuido la salvarían. Se murió, porque no pude dárselo. Me quedé en la miseria, con vosotros dos, pensando en que era posible que tuvieseis un fin semejante. Me dejaron sin empleo en la casa de Bolsa donde trabajaba. Según el director, era un empleado lleno de anormalidades económicas, con varios sueldos adelantados. Pude conservar mi puesto refiriéndole la verdad, pero el orgullo me lo impidió. ¡Qué le importaba a él mi dolor!

El viejo Curwood encendió un cigarrillo contemplando unos segundos las blancas volutas de humo. Prosiguió:

—Os dejé en un orfanato y, de tumbo en tumbo, llegué a Carolina del Sur. En Georgetown, trabajando como descargador de muelle, oí hablar por primera vez del contrabando de morfina. Pensé en vosotros y me alisté en un «gang», ganando en pocos meses muchos miles de dólares. Era valiente, con esa falsa valentía del hombre que ha perdido cuanto amaba, o estaba a punto de perderlo. Mi mujer, muerta; vosotros, lejos, a merced de la caridad... Hice varias «hombradas», llegando a lugarteniente del

jefe. Una noche le maté y, apoderándome del dinero, huí a Chicago. Allí, con la experiencia adquirida, puse los pilares a la más gigantesca organización criminal y regresé por vosotros, decidido a ser, a los ojos de la sociedad, un hombre honorable. Cuidé bien todos los detalles. Crecisteis, y fué creciendo también mi poderío. Yo justificaba mis ausencias con negocios imaginarios. Me labré una reputación social. ¡Ninguno de mis hijos moriría por falta de cuidados!

Hubo una larga pausa. John Strague admiraba la personalidad del ser que tenían frente a ellos.

—Todos mis planes se vinieron al suelo con estrépito cuando me diste una noticia: querías ingresar en el

F. B. I.

¡Tú sabes con cuánto tesón me opuse, pero tu carácter, parejo al mío, no se doblegó y hube de ceder! Yo conocía los métodos criminales de los «gangsters» y temblaba con la idea de que te enfrentaras con ellos. No pensé en mí, sino en que podían matarte. Busqué recomendaciones para que no te aprobaran. Fracasé. Sacaste el número uno de tu promoción y no pude reprimir un gesto de vanidad. ¡Mi hijo, el mejor! Sin embargo, por la noche, no logré conciliar el sueño. Concebí un plan. Destruiría por la delación todos los «gangs» que pudiese, Empecé por Chicago, anexionándome los supervivientes, para que no se organizaran de nuevo. Las confidencias las pagaba en morfina y las mujeres me sirvieron a la perfección.

—Eva Medway también, ¿verdad? —interrumpió John.

—Sí. Agrandé mis tentáculos y, creando varios depósitos en los lagos, extendí mi influencia a todas las regiones del Este. Cada «gángster» que moría era un enemigo tuyo menos. ¡Merecía la pena vivir para protegerte! Llegaste a Chicago, en la misión especial de combatir a tu padre. Ya sé que tú lo ignorabas, pero ésa era la realidad. Me enteré cuando mis hombres os detuvieron, utilizando los mismos medios que con los demás presos. ¡Ataros a mí por la morfina! Me horrorizó al reconocer a mi propio hijo, y el que hacía de «hombre de paja» os propuso el ingreso en nuestra organización. No ignoraba que aceptarías, por la especial situación y por el deseo de exterminarnos. Y así fué. A partir de ese instante decidí ir liquidando mis negocios, pero necesitaba tiempo, y vosotros

trabajabais a una gran velocidad. No cabe duda que el
F. B. I.,
adiestra bien a sus hombres.

Nueva pausa. En el despacho reinaba un silencio de muerte.

—Pude matarte muchas veces, pero eras mi orgullo. Cuando el asalto conjunto a los Bancos, procuré que no formaras parte de los grupos que iban a la muerte, y con unos papeles en blanco te mandé a unas señas. De haber ido me hubieses encontrado allí revelarte lo que estás oyendo ahora; preferiste salvar a tu amigo. Por la noche marché al «*night-club*», llegando a tiempo de matar al hombre que estabais interrogando. Huí por un pasadizo secreto hasta la casa de campo. Necesitaba recoger unos papeles. Desde allí di orden de que asesinaran a Eva Medway, pues sospeché de su traición. Cuando arrojasteis la bomba contra mi despacho, un trozo de madero me dio en la frente. No quería enfrentarme a ti y abandoné la habitación por una puerta disimulada en la librería que llevaba hasta el garaje. Me seguías. Me fuiste dando alcance Entonces decidí no luchar más, entregarme si no conseguía despistarte. Y aquí me tienes. En esa cartera negra están todos los detalles y los nombres de los que aún faltan por matar o capturar.

Calló el viejo Curvood. Larry, pálido, se levantó.

—Ha llegado el momento padre.

La cara del agente especial estaba endurecida, como una máscara. Fue a poner las esposas en las muñecas del hombre que tanto le quiso, y rompió en un sollozo, arrojándose en sus brazos como un chiquillo.

—Vamos; sé fuerte. Cumple con tu deber.

Una sombra blanca cruzó ante Strague, que lo contemplaba todo como si estuviese siendo víctima de una atroz pesadilla. Edith, sollozando, abrazó al hombre vencido por su propio hijo.

—No, Larry; has de dejar que se escape. Yo me iré con él.

«El Delator», con los ojos llenos de agua, acarició el sedoso cabello de la muchacha, consolándola:

—Vamos, pequeña. Siento que lo hayas oído. Tu hermano no puede fracasar. Además, ha de mantenerse fiel a su triple lema: Fidelidad, Bravura, Integridad. Siento la deshonra que va a caer sobre vuestro apellido, pero Larry la salvará con su honor.

Al oír el tríptico que juró en Quántico, el agente se enderezó. No

podía traicionar a su patria, a la confianza que sus jefes depositaron en él. John Strague, dándose cuenta del volcán que corroía el alma del muchacho, se decidió a actuar. Con la culata de su revólver golpeó a Larry en la cabeza, y apuntando luego al hombre que más odiaba, le ordenó:

—Vamos. Sígame. Yo le salvaré, aunque usted no quiera. No ponga a su hijo en trance de pegarse un tiro.

—No. Quiero que obtenga el éxito más grande de su carrera.

John, crispando los dientes con ira, amenazó:

—Sígame o le mato —luego, volviéndose a la joven, murmuró—: No te preocupes, Edith. Haré todo lo posible por sacarle del atolladero.

El viejo, insensible, salió del despacho. Strague enfundó la pistola. En realidad, no la necesitaba. El padre de Larry carecía de voluntad; era lo mismo que un autómatas.

Montaron en el «Cadillac». Necesitaban un avión para escapar. Edith les había acompañado hasta la puerta, y John tuvo una idea:

—Quítale la chapa a tu hermano. Nos abrirá el camino.

La joven obedeció. Ella misma construyó el departamento interior del cinturón. Cuando se la entregó, le dijo:

—Gracias, John. Sávelos usted a los dos.

La muchacha comprendía perfectamente el alcance del gesto de Strague, el cual, sonriéndola, puso el vehículo en marcha, enfilando en dirección al aeródromo militar.

Salía de la ciudad cuando oyó detrás de sí las sirenas de la Policía. Paró en seco. Así era inútil la huida. En pocos minutos sus perseguidores le dieron alcance. Uno gritó:

—¿Por qué va a esa endiablada velocidad?

—Servicio oficial —respondió secamente John, enseñando la insignia a través de la ventanilla.

Los agentes saludaron militarmente y el lujoso «Cadillac» reanudó la marcha. Dentro de poco amanecería. Pisó más el acelerador. Le interesaba actuar en las sombras de la noche.

En la puerta del aeródromo les detuvieron de nuevo, pero la chapa del

F. B. I.,

les franqueó el camino.

Los dos hombres anduvieron por la pista de aterrizaje,

deteniéndose ante un caza, a cuyo pie estaba un hombre poniéndole unos calzos en la rueda.

—Comisión de servicio —dijo John, mostrando el distintivo—. ¿Qué tal anda de gasolina?

—Tiene los depósitos llenos. Dentro de una hora saldremos en vuelo de escuadrilla.

No dijo más aquel individuo, pues de pronto sintió como si el mundo se hubiese desplomado contra su cabeza.

—Suba al asiento de atrás —ordenó John a Curwood, que obedeció.

Dio impulso a la hélice, ascendiendo rápido a la carlinga del aparato. Poco antes de terminar la guerra pasó a una academia de aviación, con el deseo de hacerse piloto, y, aunque no obtuvo el título por su licenciamiento, conocía a fondo el manejo de los aparatos, motivo por el cual a los pocos segundos el avión corría por la pista, tomando altura.

Desde la torre de señales, un reflector comenzó a ordenarle el descenso, pero ya Strague había ascendido a mil metros y enfilaba en dirección al Canadá.

En la oficina central del aeródromo militar se armó un revuelo extraordinario.

—¿Quién ha autorizado el despegue? —gritó el oficial de guardia.

Antes de que nadie le respondiera, el telefonista le trajo una orden escrita.

—Mi teniente, esto me acaban de transmitir de la Policía Federal. Vigilancia extrema, para impedir la huida de dos hombres.

—Acaban de fugarse en dirección Norte. Telegráfíe a todos los aeródromos para que les obliguen a aterrizar por cualquier procedimiento.

Saludando militarmente, el telegrafista abandonó el despacho.

Mientras tanto comenzaba a amanecer. John Strague se había cubierto los ojos con unas gruesas gafas de vuelo y tenía sus cinco sentidos puestos en la navegación. No le interesaba desviarse de rumbo, y para ello, nada mejor que seguir sobre el lago Michigan, para pasar después al Superior. Sus pies, quietos en el balancín que ordenaba los movimientos del timón y su mano derecha aferrada a la palanca de mandos, denotaban claramente que estaba dispuesto a

defenderse de cualquier ataque. Oprimió un segundo el disparador de las dos ametralladoras de proa y una lluvia de balas se perdió en el aire. ¡Pobre del que intentara cruzársele en su camino! Preguntó a través del tubo acústico:

—¿Qué tal se encuentra, Curwood?

—Bien. Dándome cuenta de su gran corazón.

—No me lo agradezca. Yo le aborrezco a usted, pero quiero a sus hijos y su muerte sería la desgracia de ellos, sobre todo si es Larry quien ha de entregarle a la Justicia. Le interesa conservar la vida por ellos. Cuando estemos a salvo en Canadá podrá escribirles una sola carta, que yo les entregaré. Les servirá de alegría saberle fuera del alcance de la ley.

—¿Por qué golpeó a Larry?

—Su hijo es un hombre de honor —replicó John— y le hubiese mandado a la «silla», aunque después muriera de remordimiento. Ellos le adoran. Ha caído usted del altar que le tenían levantado en sus corazones.

Los dos hombres callaron. El poderoso motor del aparato rugía con un sonido continuado, rítmico. Strague no conseguía alejar de su imaginación los ojos de Edith cuando le expresaron el mudo mensaje de gratitud.

El sol, en su maravillosa aparición, lo llenaba todo de un rojizo color. A dos mil metros de altura del lago perdía sus contornos afilados, transformándose en una superficie plana.

—¿Lleva dinero, Curwood?

—Sí. Doscientos mil dólares en billetes grandes. ¿Los necesitaremos?

—Es posible que sí, en parte. Este aparato tenía menos gasolina de la que nos dijeron.

En efecto. La aguja indicadora del depósito de esencia había descendido notablemente.

Transcurrió una hora sin que ninguno de los dos ocupantes del avión pronunciara una palabra. Larry comentó:

—Cruzamos sobre Milwaukee.

En efecto. La gran ciudad del Estado de Wisconsin aparecía a sus pies como una miniatura.

La dejaron atrás. De pronto, Strague sintió muy cerca el rugido de un motor, y volviendo la cabeza, divisó una fortaleza volante

D-34

que se acercaba rápidamente a ellos, haciéndoles claramente signos para que descendieran. John apretó los dientes con ira. ¡No les cogerían vivos!

Imprimió más velocidad al avión, pero no consiguió alejarse de sus perseguidores. Gritó a través del tubo acústico:

—Cíñase bien el cinturón de velocidad.

Aguardó unos segundos y se dejó caer a tiempo en picado, pues de la proa del

D-34

surgió un torrente de llamas. Las ametralladoras entraban en acción.

Pisó el lado izquierdo del balancín, y entre el sonido ronco del motor, el caza ascendió de costado, pasando como una exhalación frente al trimotor y ascendiendo a una velocidad de vértigo. No quería entablar combate. Sin embargo, si le forzaban estaba decidido a morir matando.

Sintió que las balas se clavaban en el fuselaje y, seguro de ser derribado si continuaba su táctica de defensa, oprimió la palanca de mandos, verificando un «rizo» audaz que le colocó a estribor de la fortaleza. Con un gesto de desesperación en el rostro pulsó los disparadores de las ametralladoras y la ráfaga penetró en la cabina.

El

D-34

comenzó a perder altura, recuperándose a los pocos segundos.

John procuraba por todos los medios cambiar constantemente de dirección para evitar ser derribado, pero el trimotor poseía una velocidad superior a la del caza.

Se cambiaron frecuentes disparos entre los dos aviones. Strague, decidido a terminar de una vez con la batalla que le mermaba el combustible y las posibilidades de salvación, se elevó verticalmente, para después caer disparando en picado sobre el

D-34,

que osciló, comenzando a arder.

Varios bultos blancos cayeron al espacio. La tripulación se salvaba en paracaídas.

John, sabiendo que dentro de unas horas tendría contra sí una escuadrilla de guerra de los Estados Unidos, siguió en línea recta,

desviándose al llegar a la altura de Sheboygan. Luego continuó su evasión suicida...

La gasolina se acababa. Por fortuna se extendía abajo una ancha llanura donde aterrizar, cosa que realizó Strague con singular pericia, aunque sin poder evitar, debido a las sinuosidades del terreno, que capotara del ala izquierda.

Los dos hombres salieron de los restos del avión y, en pleno campo, se miraron frente a frente.

—Se expone demasiado por mí, John —dijo Curwood.

—No lo crea. Por sus hijos solamente. No se trata ahora de eso, sino de alcanzar la frontera. Si me cogen estoy perdido. Creo que estamos cerca de Marquette. Caminemos. Nos interesa entrar de noche, para reponer las fuerzas y cambiar de aspecto. Desde allí veremos las posibilidades de alcanzar el Canadá.

Anduvieron horas y horas, deteniéndose mediada la tarde, junto a un manantial, donde se lavaron. El padre de Edith estaba rendido por el cansancio.

—Siga solo, John. Es joven y la existencia le ofrece a usted atractivos. Déjeme morir aquí.

—Para ese final no he arriesgado mi vida en su defensa. O nos salvamos los dos o perecemos. Descanse. Me subiré a ese pequeño monte a ver qué es lo que se divisa desde ahí. Tengo un hambre feroz.

Strague, cuyos músculos parecían de acero, caminó unos quinientos metros. Al llegar a lo alto vio, a unas dos millas, la ciudad y, jubiloso, corrió a comunicárselo a su compañero.

La noticia les dio nuevos ánimos, y dos horas después, alcanzaban los arrabales de Marquette por el Este.

—Entremos aquí. Descansaremos mientras nos sirven la cena.

Era una taberna de sórdido aspecto, situada próxima al lago Superior. El local estaba lleno de descargadores, marineros y gente de toda condición, pues las mercancías eran llevadas en gabarras utilizando la líquida superficie.

Les sirvieron un plato de sopa de sabor indefinible, pero que comieron con avidez, y unos huevos con jamón y mermelada. Todo bien regado con una botella de vino negro.

No se miraban apenas. Strague tendió un cigarrillo a Curwood, que lo aceptó con gratitud. Mientras fumaban, el antiguo «gángster»

reparó en el aspecto de cinco hombres, situados en una mesa del rincón, Junto a la puerta. Tenían el clásico tipo de los malhechores profesionales. Fué a advertir a su compañero, mas ya era tarde. Éste había sacado de uno de los bolsillos interiores un montón de billetes para pagar.

John, convencido de que eran necios los reproches, apretó el brazo izquierdo contra el pecho, sintiendo junto a sí el consolador contacto de su revólver. No ignoraba que aquellos sujetos intentarían apoderarse de los dólares del padre de Edith y se dispuso a esperar.

Pidió unos dobles de «*whisky*», diciéndole al viejo Curwood:

—Espere. No tenemos prisa. Pagaré yo.

—Como quiera. Es usted quien manda.

En «el Delator», el jefe supremo de la más importante organización criminal de los Estados Unidos, surgía de nuevo el hombre audaz, dueño de sus actos. Inquirió:

—¿Lo hace por los de la puerta?

—Sí. Intentarán dejarnos sin blanca y sin vida.

—Me di cuenta tarde, John. Pero nos defenderemos. Sé cómo tratarles.

Strague, mientras bebía lentamente, le previno:

—No olvide que son de la especie más peligrosa. Dejemos que sean ellos los que actúen.

El local se iba llenando más y más conforme avanzaba la noche. Strague, convencido de que la espera no suponía otra cosa sino una acumulación de fuerzas para sus enemigos, se levantó y fue decidido a la mesa de junto a la puerta, mientras sacaba un cigarrillo.

—¿Me dais lumbre?

Uno se levantó, sorprendido por la audacia.

—Quieto, Charles. Tenga, amigo. Es muy peligroso andar por estos lugares sin fuego.

—No lo crea. Le aseguro que tengo con qué procurármelo.

John tornó junto a Curwood, diciéndole:

—Vámonos. ¿Lleva armas?

—Sí. Una «Browníng» montada en el bolsillo derecho de la chaqueta.

—Pues no dude en hacer fuego cuando llegue el momento.

Llegaron junto a la salida. Los individuos se levantaban, aparentando una riña, cuando, en realidad, lo único que hacían era obstruir la salida. Strague, de un empujón, les tiró al suelo. Los malhechores, sorprendidos por la actitud violenta, esgrimieron sus armas, pero ya el revólver de John había tronado dos veces, llenando de plomo el pecho de los miserables. Curwood, a su vez, con la «Browning», amenazó:

—¡Quietos! Al que se mueva le mato.

Aprovechándose de la confusión reinante, corrieron al exterior, enfilando una de las callejas. Varias mujeres, en actitudes provocativas, les miraron indiferentes desde los quicios de unas casuchas bajas. ¡Estaban acostumbradas a semejantes espectáculos!

Doblaron una esquina. Detrás de ellos corrían varios hombres. Curwood, jadeando, se detuvo. Sus años se rebelaban ante la precipitada fuga. John murmuró:

—Tendremos que matarles.

Se detuvieron, pegándose contra una puerta y, desde allí, vieron cuatro sombras que se acercaban con las máximas precauciones. Strague colocó un silenciador en el cañón de la Pistola, diciendo a su acompañante:

—No dispare. Sé bien cómo entendérmelas con esta canalla.

Apuntó cuidadoso e hizo luego contra el que avanzaba el primero, el cual se dobló extrañamente. No había sonado la detonación, sino un ruido sordo, un pequeño trallazo. Los demás se miraron sorprendidos, preguntándose de dónde partiría el ataque, y una nueva bala se clavó en el pecho de otro de los perseguidores. Los dos restantes se tiraron al suelo, saltando luego hacia adelante a protegerse contra el quicio de una de las puertas. Sólo les separaba de John y de Curwood la esquina y ninguno se atrevía a asomar la cabeza.

Al fin pudo más la codicia de los miles de dólares que entrevieron en la taberna y los dos «gangsters» doblaron bruscamente el recodo, sin dar tiempo a Strague a utilizar el arma, que rodó a consecuencia del encontronazo. Y comenzó una lucha a muerte entre los cuatro hombres.

John esquivó como pudo una serie de golpes en la cara y luego extendió hacia adelante la pierna derecha golpeando a su atacante en la mandíbula. Sin darle tiempo a que reaccionara, se echó sobre

él propinándole dos feroces puñetazos en el hígado que le hicieron caer al suelo privado del conocimiento.

Strague se volvió y lo hizo a tiempo, porque el otro malhechor, a quien costó poco dejar inconsciente al viejo Curwood, se le vino encima, esgrimiendo un cuchillo. Se tiró al suelo, esquivando la mortal puñalada, y sacó la navaja, de la que jamás prescindía. Sonriendo ferozmente el antiguo «gángster» describió un semicírculo en torno al individuo, y luego, con rapidez Increíble, se movió hacia la izquierda, mientras extendía el brazo en contraria dirección. Era un viejo truco de la lucha a cuchillo, que surtió efecto, pues el atracador, al volverse rápido, se cortó por sí sólo la yugular.

Tiró el arma blanca, y en este momento, sonó un disparo a la derecha. Curwood acababa de salvarle la vida, pues el hombre al que dejara sin sentido le estaba apuntando con su pistola. Por fortuna, el padre de Edith había recobrado a tiempo el sentido.

Sin embargo, la detonación atrajo sobre ellos algo más peligroso que todos los «gangsters» de Marquette. El silbato de la patrulla de Policía se oyó a corta distancia.

—Aprisa. Si nos cogen estamos perdidos.

Intentaron huir, más se dieron cuenta de que dos rondas les habían cogido en medio. Se disponían a vender caras sus vidas, cuando una puerta se abrió a sus espaldas y una voz de mujer les ordenó:

—Pasad.

Sin dudarle se metieron por el oscuro agujero, subiendo unas carcomidas escaleras. A la luz de un quinqué de petróleo, la desconocida, que llevaba en su rostro el estigma del vicio, les dijo:

—Subíos al tejado por si registran, aunque lo dudo.

Les llevó junto a una trampilla, y pronto, John Strague y el viejo Curwood estuvieron tendidos, cara a la noche. «No merece la pena tantos sufrimientos para salvar la vida», se dijo el joven para sí, pero reaccionó en seguida. Se trataba de la felicidad de Larry y de Edith, la mujer que despertara su alma dormida. Desde donde estaban oían claramente las voces de la Policía. Predominó un criterio:

—Una lucha más entre indeseables. No merece la pena buscar. En definitiva han hecho un favor a la sociedad.

La ronda se marchó y su misteriosa salvadora les indicó que ya podían descender.

—Gracias —le dijo John. Te has expuesto por nosotros.

—No merece la pena. Te vi luchar y sentí admiración hacia tu valor. ¿Queréis descansar? Tenéis caras de fatiga. Os aseguro que nada os pasará.

Parecían sinceras las palabras de aquella mujer y los dos hombres accedieron, viéndose obligados a compartir el lecho, pues en la casa no había más que dos: el de la propietaria y el que ellos ocupaban.

John tardó mucho en quedarse dormido. Le dolían las articulaciones y maduraba el plan a seguir. Tal vez no fuese muy difícil camuflarse en una gabarra de carga y de noche desembarcar en el Canadá.

Animado por tales pensamientos se quedó dormido, no sin antes dedicar un recuerdo a la amada de su corazón...



IX



HARRY Curwood penetró con paso firme en el gran edificio que en Washington posee el F. B. I.,

visitado diariamente por innumerables turistas, a los que se enseñan los procedimientos policíacos de la más perfecta organización mundial, omitiendo, claro está, los sistemas secretos y la sección de informes confidenciales.

Ascendió por la ancha escalera de mármol, penetrando, decidido, en un despacho. El rostro del joven se mostraba decidido y en sus ojos había una resolución implacable.

—¿Le molesto, inspector?

Red Rowland, del Estado Mayor del Federal Bureau of

Investigation, se levantó sonriente para estrechar la mano del recién llegado.

—De ninguna manera, Larry. Estaba deseando verle. Anoche me entregaron su informe. Ha sido una labor maravillosa.

—Gracias. Me limité a cumplir con mi deber.

—A veces, en el cumplimiento del deber se llega a la heroicidad. Por cierto que se ha cruzado usted con una comunicación nuestra. En efecto como imaginaba, la ficha de John Strague está en poder del Departamento. Ni un solo delito de sangre. Será fácil obtener el indulto. Ya lo hemos solicitado.

—De este modo, señor Rowland, incorporaremos a la sociedad a un hombre maravilloso. Sin él hubiese fracasado.

—Bien, Larry: sus palabras para mí son la mejor garantía. ¿Un cigarrillo?

El rostro del inspector evidenciaba un cariño poco común, carente del menor atisbo de superioridad. Curwood empezó de nuevo, con la mirada en el suelo y como si no encontrase las palabras:

—Verá... Ahora llega la parte más difícil y que no consta en el informe. ¡Vengo a presentarle mi dimisión en el

F. B. I.!

El hombre del Estado Mayor dio un salto en la silla y, excitado, tuteó por vez primera al agente:

—¡Tú estás loco, muchacho! Recapacita bien lo que dices.

—Por desgracia no es así. Escúcheme sin interrumpirme. Todas mis palabras puede elevarlas en un escrito que yo firmaré. En el informe que le dirigí por trámite oficial, faltaba la identidad del jefe principal de los estupefacientes. Escribí que había muerto y no es así. Vive y marcha huido hacia el Canadá, con un gran dolor y un gran arrepentimiento.

Larry se detuvo y Red Rowland le apremió:

—Siga.

—Primero le diré su nombre. Después lo comprenderá todo mejor. Se llama Paúl Curwood, mi padre.

Un silencio denso siguió a la inesperada revelación. El inspector miró al joven, que, con los ojos en el suelo, reflejaba la más viva de las desesperaciones. Comprendió lo que pasaba por la mente del muchacho y le invitó, cariñosamente:

—Continúe, Larry.

El agente especial hizo una relación minuciosa de todos los acontecimientos, terminando:

—Sentí un fuerte golpe en la espalda cuando iba a ponerle las esposas. Era John Strague, que, sin duda, quiso librarme de mi mismo. Se lo llevó con él. Tengo la seguridad de que si escapan, se establecerán en el extranjero, llevando una vida penitente. ¿Comprende ahora la razón de mi marcha del

F. B. I.?

—Menos que nunca, inspector Larry. Jamás supuse que su integridad, su bravura y su fidelidad llegasen tan lejos. Me honro en abrazarle, muchacho, y le prometo que, fuera del Estado Mayor, nadie sabrá una palabra de lo que acaba de decirme. Prácticamente ha muerto el jefe de los traficantes de drogas. Enhorabuena, inspector Larry.

—Perdón, señor. Soy sólo un agente.

—El

F. B. I.,

no se equivoca nunca. Hemos decretado su ascenso por méritos y lo mantengo. Sin embargo, las cosas se complican para su amigo. Ha sido derribada una fortaleza D-Treinta y Cuatro por dos desconocidos que pilotaban un caza robado en el aeródromo militar de Chicago. Por fortuna, no hubo víctimas. Si se prueba que han sido los fugitivos tendremos que ordenar un auto de procesamiento. En fin, yo le mantendré al corriente.

—De todos modos, señor, yo desearía...

—No siga, Larry. La situación internacional es extrema. Por el Gobierno se nos ha confiado la misión de contraespionaje. No podemos admitir deserciones. El

F. B. I.,

cuenta con ustedes.

—A la orden, inspector.

—Así me gusta, muchacho. Ahora tiene tres meses para dedicarlos a sus asuntos particulares. ¿Vuelve a Chicago?

—Sí; junto a mi hermana.

—Bien. Le informaré de lo que suceda con el D-Treinta y Cuatro. No quiero decir que hayan de ser ellos forzosamente. El momento político se ha complicado mucho. Repito mi enhorabuena.

Red Rowland, levantándose, estrechó fuertemente la mano del nuevo inspector, el cual, emocionado, abandonó el despacho. Acercóse a la pizarra de notificaciones y vio una copia de su orden de ascenso «por méritos extraordinarios». Varios compañeros, que se acercaron a felicitarle, pudieron ver, con asombro, el rostro lleno de lágrimas del joven, que repetía, maquinalmente: «Tu hermano no puede fracasar». Y un sollozo de angustia se estranguló en su pecho...

Mientras tanto, en el hotel del bulevar Washington, Edith Curwood lloraba sin consuelo con la cabeza recostada en el respaldo de uno de los sillones de la biblioteca. Su hermoso cuerpo se estremecía ante la intensidad del dolor. El fiel criado se esforzaba en que tomase algún alimento, sin conseguirlo.

—Por Dios, señorita. Va usted a morir. Lleva tres días sin probar bocado.

—Déjeme, Daniel. Es lo mismo.

—¡Oh, no lo creas! —habló alguien desde la puerta—. Prepare cena para dos personas.

—¡John! —gritó la muchacha, cayendo en los brazos del recién llegado.

—Vamos, pequeña, tranquilízate. Ten serenidad.

El sirviente, discreto, se había marchado, al saberse solos, ella preguntó, ansiosa:

—¿Qué ha sucedido a mi padre?

—Escúchame sin interrumpirme, Edith. Tu padre ha muerto, no en la silla eléctrica ni en manos de la Policía, sino víctima de la agresión de unos «gangsters» para robarle.

Strague refirió punto por punto su aventura hasta llegar a la hospitalidad ofrecida por aquella mujer.

—No sospechamos de ella. Además, estábamos rendidos. Me dormí profundamente y desperté a tiempo de ver un puñal que se alzaba sobre mi corazón. Pude interponer la almohada entre mi cuerpo y el acero homicida. Fué algo milagroso. Rodé fuera de la cama, disparando por dos veces mi pistola. Un sujeto de pésima catadura y la que nos había protegido, su amante, yacían sin vida en el suelo. Tu padre estaba muerto de una cuchillada.

Edith sollozó; pero John, acariciándola los cabellos, prosiguió:

—Es mejor para él que una vejez llena de remordimientos, lejos

de su patria y de sus hijos. Huí, apoderándome del dinero necesario para el regreso. La chapa del

F. B. I.,

de tu hermano me evitó muchos inconvenientes. Responderé de mis actos ante quien sea, con el dolor de no haber podido salvar a tu padre.

—La cena está servida, señorita.

—Hay que ser fuertes. Has de obedecerme.

La muchacha, dócilmente, siguió a Strague y en silencio tomaron unos «sándwiches», regados con vino de Palma.

—Tienes que dormir. Estás rendida.

—Sí, John.

La presencia del ser amado confortó a Edith, que, tras varias noches de insomnio, descansó con un sueño reparador. A la mañana siguiente se encontró en el «*hall*» con su hermano charlando con Strague. El agente especial, ya Inspector, refirió el resultado de su conversación con Red Rowland, del Estado Mayor del

P. B. I.,

Apenas había terminado, cuando sonó un campanillazo en la puerta. A poco entró Mirna Stowe portando en sus manos un sobre.

—Toma, Larry, es para ti; me lo ha dado un recadero en la puerta.

El joven abrió el sobre, enviado con carácter urgente desde Washington. Dentro iba el indulto de John Strague, con fecha posterior a la fuga que dio origen a los incidentes que culminaron con el derribo del

D-4.

Se lo extendió al interesado, diciéndole:

—Toma. Creo que te agradecerá. ¿No ha venido nada más para mí, Edith?

—Sí, una carta. Me olvidé de ella.

—No tiene importancia. Ya sé su contenido.

Hubo un largo silencio. John Strague comentó en voz alta:

—La vida sigue siempre y hemos de aceptarla tal como viene. ¿A quién tengo que pedirte por espesa, Edith?

—A mí, y te la concedo..., si ella está conforme. Más dificultoso será lo mío, ¿verdad, Mirna? —replicó Larry.

—No lo creas, querido. Cuentas con la aprobación de la

interesada...

Y sobre de la tragedia surgió esplendorosa, la llama del amor,
razón suprema de la existencia.





FRANK McFAIR

el maravilloso autor de
LUCHANDO EN LA SOMBRA,
LA RUTA DE LA LOCURA y ¡SANGRE!

vuelve a aparecer en el próximo número de esta
inigualable **Colección F. B. I.**
con la mejor de sus obras:

Armonías de muerte

La muerte enviaba sus armonías fatales y los designados morían o se tornaban locos en un ambiente extraño, amenazador y misterioso.

Armonías de muerte

Contiene la historia más original y emotiva que se conoce. Junto a una intriga poderosa y desconcertante se halla la revelación de caracteres fuertes, frente a los no menos fuertes

Agentes especiales del F. B. I.

NOTAS

[1] En los archivos del monumental edificio que en Washington posee el

F. B. I.

se conservan datos curiosísimo, como son, por ejemplo, las huellas de cuantos neumáticos corren por el mundo, muestras de toda clase de pintura de automóviles, más de ciento diez millones de fichas de huellas dactilares e innumerables macetas conteniendo tierra de todos los Estados de América. < <